

3. La Madre de Jesús

Pier Giorgio M. Di Domenico

Copyright©Piazza San Marcello 5, Roma, Italia

bajo la dirección del Regnum Mariae

INDICE

1. En camino hacia Cristo

«Cada una imita a María»
Permanecieron con él
Como ella
Madre de los discípulos

2. Bienaventuranza de la fe

La fuerza de la fe
En el corazón
La sabiduría del escriba
La alegría de la Palabra

3. Al servicio del mundo

¿Por qué?
Mi madre y mis hermanos
En la comunidad de Jesús
Seguir a Cristo en el mundo

4. A los pies de la cruz

A favor de su cuerpo que es
la Iglesia
La espada de la Palabra
Bajo la cruz
La Virgen gloriosa en el dolor

5. Esperanza de unidad

La esperanza del peregrino
Confianza
Esperar en contra de toda esperanza
Conocer la realidad contemporánea

6. Signo de unidad

En el mismo lugar
Hermanos de Jesús
María entre los hermanos
Una familia reunida en el nombre de Jesús

7. La Mujer vestida de sol

Fe y amor
Gratuidad
Belleza

8. Voz de alabanza a Dios

El nuevo canto de los Siervos
Proclama mi alma la grandeza del Señor
Ha visto la humildad de su sierva
Las grandes cosas de Dios
Agradecimiento

1. EN CAMINO HACIA CRISTO

Palabra para la Lectio

«Les respondió: “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, vieron donde vivía» (Jn 1, 39)

«Haced lo que el os diga...» (Jn 2, 5)

Regla de Vida RM7: «Cada una [hermana] imita a Cristo en el propio camino hacia Cristo»

Sobre el artículo 7 de la *Regla de Vida* se concentrará este año nuestro estudio bíblico-teológico. Desde el 2002 estamos tratando de tomar conciencia de las raíces que alimentan la vocación de un discípulo o de una discípula de Jesús en el mundo, y en particular de un discípulo que sigue al Maestro en el camino espiritual propio de los Siervos de María. Hace dos años leímos en esta óptica el antiguo y venerado texto de la *Legenda de Origine*; después nos comprometimos a recoger de la Regla de San Agustín, fuente de inspiración para la vida de los Siervos, aquellos elementos fundamentales sobre los que se basa la consagración secular y vimos como la Regla no era tan solo un texto monástico, sino que contiene un verdadero y propio programa de formación en aquellos ideales de comunión, de condisión y de libertad sobre los que tenemos la tarea, con nuestra vida de difundir en el mundo, para que las semillas de Reino de Dios, diseminadas en este, puedan desarrollarse y crecer para hacia una humanidad renovada y fraterna.

Este año el estudio se centra sobre la figura de Santa María, maestra y modelo para todo Siervo y Sierva en su vida de servicio, de oración y de inserción en el mundo. El artículo 7 de la RdV, que cierra el primer capítulo, ve en María el compendio viviente de todas las características del Regnum Mariae descritas en el capítulo mismo. El «Regnum Mariae» es una Familia reunida en el nombre de Jesús que se compromete a testimoniar

el Evangelio y a servir a la Iglesia y a los hombres, permaneciendo en el mundo e inspirándose constantemente en María (art. 1. De este modo cada miembro lleva a plenitud el mandamiento de la caridad, amando a la propia Familia – primer lugar de verificación de la verdad de su amor – (art. 2 y 3), al ambiente social al cual pertenece y cuyo crecimiento contribuye al testimonio cristiano y al cumplimiento responsable del propio trabajo, y a la Iglesia en la que vive el misterio de comunión a través de la oración, el apostolado, y la colaboración con cuantos han sido llamados a vivir el sacerdocio ministerial (art. 4 a 6).

“Cada una imita a María”

«Cada una imita a María» así inicia el artículo 7. Está claro que la imitación de María no ensombrecer el modelo supremo que es Cristo. La Orden de los Siervos, en una común reflexión dijo: «Para todo discípulo [...] Jesús es el prototipo de santidad. Él mismo se ha propuesto como modelo: “Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13, 15). Sus discípulos deberán seguir su ejemplo sobre todo en el servicio (Cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45; Lc 22, 27) y en el amor (Cf. Jn 13, 34-35). Jesús es el modelo supremo porque Él, aún en su condición humana, es el Santo de Dios (Cf. Mc 1, 24; Hch 3, 14), el Hijo obediente en el cual el Padre se complace (Cf. Mc 1, 11; Mt 3, 17; Lc 3, 22), el Ungido que sobreabunda de Espíritu (Cf. Jn 1, 32-33; Lc 4, 16-21), el Maestro de la verdad (Cf. Mt 22, 16). De la condición ejemplar de Cristo nace como consecuencia, para todos sus discípulos el deber de su imitación y de su seguimiento (Cf. Mc 8, 34; Lc 14, 27; Mt 10, 38). [...] Ahora bien, en la luz de Cristo, la Virgen María, la Discípula, es modelo de vida para todos los discípulos. [...] Nada en nuestra vida y en nuestra misión apostólica permanece fuera del influjo ejemplar de María de Nazaret. La Virgen, imagen de vida evangélica, atrae la mirada de sus Siervos»^[1]

«Cada una imita a María» - precisa aún más la RdV - «en el *propio* camino hacia Cristo». El acento se pone sobre el adjetivo “propio”: miramos a María para aprender de ella como llegar a un encuentro personal con Jesús. Cuando María, sorprendida, pregunta al Ángel: “¿cómo será esto?” y agrega “no conozco varón” (Lc 1,34), se entrevé como el camino hacia Jesús no se encuentra escrito en los libros, sino en la intensidad de su ardiente deseo. Ha sido el deseo de un amor sin reservas, el que la ha guiado a concebir un tipo de vida que en el ambiente social y religioso en el cual se encontraba, constituía, no digo una opción imposible, pero ciertamente con una orientación considerada rara y extraña^[2]. «No conozco varón», es decir, «soy virgen»^[3] emerge aquí toda la profundidad de la vida interior de María, absorta por el único deseo de pertenecer al Señor. Este deseo la acompañará en su camino junto a Jesús, aún cuando este camino estará lleno de oscuridad y de angustias interrogantes. Por ello nuestra imitación de María, nos sugiere la RdV, consiste sobre todo en vivir dentro de nosotros esa totalidad de adhesión a Jesús, que ha caracterizado la vida de la Virgen. Su imitación nos lleva potentemente a la comunión con Jesús, a reproducir en nuestra vida la vida misma de Jesús.^[4]

El autor de la *Legenda de Origine* – por no olvidar un texto que leímos juntos, pero cuyo conocimiento no puede considerarse terminado – para explicar la coincidencia del nacimiento de San Felipe con los inicios de la Orden, se dirige directamente a la Virgen, diciéndole: «¿qué haces dulcísima Señora? ¡Haces semejante al Hijo tuyo, a aquel que será tu siervo!. De este modo quiere decirnos claramente cuán grande será y cuán meritorio el servicio que le ofrecerá. [...] ¡Oh Señora mía, bienaventurada Virgen María, ¿a quien atribuimos el mérito de tanta semejanza entre tu Siervo querido, el beato Felipe y tu dulcísimo Hijo Jesucristo?! Me quedo lleno de estupor, de hecho, cuando veo a tu siervo semejante a tu Hijo y no alcanzo a adivinar la razón de tanta semejanza. ¿Podrá quizá atribuirse el mérito a tu siervo que apenas había nacido, o a la Orden que entonces daba sus primeros pasos? Aún no terminando de admirar este hecho estupendo, del cual no

alcanzo a encontrar la razón, no puedo menos que decir con gran respeto hacia ti, dulcísima Señora y Madre mía: Cierto es que de este modo has querido demostrar los meritos futuros y la nobleza de tu siervo y de tu Orden, a ti particularmente consagrada; has sido Tú quien lo ha colmado de dones celestes, y lo ha hecho cuanto más digno de estar a tu lado. Tu siervo y la Orden a ti consagrada no tienen ningún merito, porque el honor de asemejarse a tu Hijo, lo has decidido tu, por tu afecto y tu misericordia»^[5].

La meta de nuestro camino hacia Cristo, es hacernos a Él semejantes. Santa María nos ofrece el ejemplo de su vida virginal y con su intercesión misericordiosa nos obtiene la más grande gracia de nuestra vida: una gracia que supera infinitamente la pobreza de nuestros medios. Es para ser como Jesús, que nuestros Santos Padres se dedicaron a Nuestra Señora: «En el temor de su imperfección tomaron una sabia decisión: Se postraron humildemente a los pies de la reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, con todo el amor de su corazón, para que Ella, que es mediadora y abogada, los reconciliara y los encomendara a su Hijo y, supliendo con su generosísima caridad su imperfección, obtuvieran una piadosa abundancia de meritos. Por ello a honor de Dios, se pusieron al servicio de la Virgen, su Madre, y desde aquel momento quisieron llamarse *Siervos de Santa María*»^[6]

Permanecieron junto a Él

Imitar a María para hacernos como Jesucristo: La intuición nos sugiere la elección de estos dos pasajes bíblicos, según el Evangelio de Juan, para la Lectio:

En el primer pasaje (Jn 1, 35-51), Andrés y otro discípulo nombrado por Juan Bautista (¿el discípulo amado?), después de haber visto que su maestro señalaba a Jesús como “El Cordero de Dios”, lo siguieron: «Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: ¿Qué buscáis? Ellos le respondieron: Rabbí - que quiere decir, Maestro - ¿dónde vives? Les respondió: Venid y lo veréis. Fueron pues, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima» (Jn 1, 35-39).

«¿Qué buscáis?» Es la primera pregunta que Jesús dirige a quien quiere seguirlo. Quizá no es siempre tan simple dar una respuesta, porque muchas veces no se sabe que cosa se busca verdaderamente; se advierte una necesidad, un vacío que nos empuja a buscar algo más. La pregunta “¿qué o a quién buscas?”, Jesús las repite otras dos ocasiones: a los soldados que van a aprehenderlo junto con Judas, en el huerto, al otro lado del torrente del Cedrón (Jn 18, 4.7), y más tarde, siempre en un huerto, a María de Mándala (Jn 20, 15). En el primer caso se trata de la búsqueda hostil de un grupo de personas guiadas por un discípulo quizá desilusionado por el comportamiento del Maestro. En el segundo caso una mujer busca a Jesús con toda la pasión de un corazón que no se resigna a la desaparición del Amado; pero también su búsqueda, aún animada por un afecto conmovedor, debe ser corregida por Jesús: «No me toques, que todavía no he subido al Padre» (Jn 20, 17). Es difícil buscar a Jesús auténticamente, con pureza de intención, libres de nuestros preconceptos, de nuestras ilusiones, de nuestros egoísmos. Por ello, quizá la respuesta de Andrés y de su compañero sea otra pregunta: «¿dónde vives?». Literalmente: «¿dónde permaneces?»: es una expresión que tiene un significado teológico muy intenso. La partícula “dónde”, que se repite en Juan una veintena de veces, se refiere al origen de Jesús, al lugar que es su verdadera morada. El verbo “permanece” expresa la íntima pertenencia que une al Hijo con el Padre: «El Hijo *permanece* siempre (en la casa del Padre)» (Jn 8, 35), es más «Él está en el seno del Padre» (Jn 1, 18). Es una cohabitación recíproca: «El Padre que permanece en mí, es el que realiza las obras» (Jn 14, 10). Esta íntima comunión le es prometida a también a cada

discípulo que *permanece* en la Palabra de Jesús (Jn 8, 31). Jesús nos invita a permanecer en comunión con Él («Permaneced en mí como yo en vosotros» Jn 15, 4); una comunión alimentada con el pan de la Santa Cena, memorial de la muerte de Jesús: «Quien come mi carne y bebe mi sangre *permanece* en mí y yo en él» (Jn 6, 56).

La pregunta de los dos discípulos, entonces, nos introduce en el misterio de la persona y de la existencia de Jesús. Para acoger este misterio se necesita conocer a Jesús, hacer experiencia personal. Por eso Jesús dice: «venid y lo veréis». Hay aquí un imperativo presente y un indicativo futuro: una orden del Señor, a quien debemos nuestra obediencia, y una prospectiva futura de la cual no somos dueños. Es el esquema recurrente en las escenas bíblicas de vocación. A Abraham, Dios le ordena: «Vete [imperativo] de tu tierra y de tu patria» (Gn 12, 1) y después le promete: «Haré de ti una nación grande» (Gn 12, 2). «Ahora, pues ve» dice a moisés llamándolo desde la zarza ardiente, «Yo estaré contigo» (Ex 3, 10.12). Orden y promesa están presentes en la llamada de los primeros discípulos, según la versión de los sinópticos: «Vengan conmigo, y los haré pescadores de hombres» (Mt 4, 19; Mc 1, 17; Lc 5, 10). El seguimiento de Jesús nos abre a un futuro que no depende de nosotros, sino que se trata solo de acogerlo; la respuesta a la llamada es un acto de fe pura, no puede exigir garantías, no puede recibir seguridades, se confía totalmente en la palabra de Aquel que nos llama. A la llamada se responde solo obedeciendo, poniendo la propia vida en las manos del Señor.

Andrés y el otro discípulo fueron con Jesús: «vieron donde vivía y se *quedaron*^[7] con él aquel día; era más o menos la hora décima ». Ellos lo vieron con sus propios ojos, su fe no depende más de aquello que puedan escuchar de los demás, sino de su personal e íntima experiencia; así como sucederá con los samaritanos atraídos por la mujer que se había encontrado con Jesús en el pozo: «Cuando llegaron donde Él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó ahí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras y decían a la mujer: “ya no creemos por tus palabras, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo». (Jn 4, 40-42).

Juan precisa que la hora del encuentro entre Jesús y los primeros discípulos era cerca de la hora décima, (es decir, cerca de las cuatro de la tarde). No es solo el recuerdo vivido lo que da una real concreción al encuentro, es también un símbolo. El número diez parece indicar en la Biblia una realidad cumplida. Dios resume en los diez mandamientos todo aquello que pide a Israel, después de haberlo liberado de la esclavitud por medio de las diez plagas de Egipto (Cfr. Ex 7, 12). El décimo día del séptimo mes, los hebreos deben ayunar y abstenerse de todo trabajo (Cfr. Lv 16, 29-30), porque es el día de la expiación, de la purificación de todos los pecados.^[8]

Entre los antiguos comentarios que explican el significado de la hora décima en el Evangelio Joánico, releamos aquel de San Agustín: «¿Será sin motivo específico que el evangelista nos precisa la hora? Era la hora décima. Este número nos lleva a la ley, porque la ley viene formulada en diez preceptos. Había llegado el tiempo en el que la ley debía cumplirse por medio del amor [...] y es por eso que el Señor dice: “No he venido a abolir la ley, sino a darle cumplimiento” (Mt 5, 17). Entonces, en la hora décima los dos, tras el testimonio del amigo del esposo, lo siguieron; y en la hora décima Él se sintió llamado *Rabbí*, que se traduce como Maestro. Si en la hora décima el Señor fue llamado *Rabbí*, y si el número diez se refiere a la ley, entonces el Maestro de la ley no es otro que aquel que la ha dado. No es uno el que ha dado la ley y otro el que la enseña. A enseñarla vino el mismo que la dio; por tanto, Él es el maestro de su propia ley y quien la enseña. En sus

labios hay misericordia, y por eso enseña la ley con misericordia [...] No tengamos entonces, por imposible el cumplimiento de la ley, refugiándonos en la misericordia»⁹¹.

El permanecer con Jesús, ha llevado entonces a los dos discípulos al descubrimiento de que Dios es amor y misericordia. Y esta es una gran alegría que comunican inmediatamente a los demás. Andrés «se encuentra primeramente con su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías”, que quiere decir, Cristo; y le llevó donde Jesús» (Jn 1, 41-42). Poco después también Felipe, llamado por Jesús, «... se encuentra con Natanael y le dice: “ese del que escribió Moisés en la ley, y también los profetas, lo hemos encontrado...”» (Jn 1, 45). La alegre comunicación de una experiencia vivida se verifica también en el caso de la samaritana quien, después de haber conocido el amor de Jesús, que le ha dicho todo sobre su vida, pero sin juzgarla, corre a la ciudad a anunciar: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?. Salieron de la ciudad e iban donde Él» (Jn 4, 29-30). También Martha, después de su gran profesión de fe en Jesús, va a llamar a María su hermana, y le dice al oído: «El Maestro está ahí y te llama» (Jn 11, 28). La madurez de su fe en Jesús la ha llevado a una madurez en su relación con la hermana, cuyo comportamiento le había sido antes incomprensible (Cfr. Lc 10, 40); y ahora es justamente ella quien invita a su hermana – que estaba en su casa – (Jn 11, 20), a ir con Jesús. Y la llama «al oído» como si Jesús se hubiese convertido en el profundo secreto de su vida, la unión que solo ellas conocen y que las une como nunca, en un vínculo nuevo de amor y de comunión.

Como ella

Como Andrés y Felipe, la samaritana y Martha, también Santa María nos lleva a Jesús y en particular a la obediencia de su palabra. En Caná la madre es mencionada inicialmente sola, mientras Jesús llega con sus discípulos (Cfr. Jn 2, 1-2); faltando el vino, se lo hace saber a Jesús cuya la respuesta suena como un rechazo. Sin embargo la madre dice a los siervos: «Haced lo que el os diga» (Jn 2, 5). Y Jesús realiza un milagro que supera toda expectativa.

El Evangelio de Juan presenta este esquema narrativo también en otros relatos de milagros¹⁰: la curación del hijo del funcionario real (Jn 4, 46-54) y la resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-44). También aquí hay la petición, el rechazo de parte de Jesús, y la insistencia en la petición – ¡aunque en el caso de la madre de Jesús la insistencia está ausente! – y la concesión de un milagro que supera toda expectativa. Tal esquema corresponde a la cristología del evangelio de Juan, donde Jesús aparece como aquel que todo conoce y en todo mantiene la iniciativa. También en su pasión y en su muerte, Jesús no se somete a los eventos, sino que los domina. Y en toda otra serie de relatos Jesús realiza el milagro sin que ninguno se lo haya pedido (Cfr. Jn 5, 1-9, el paralítico de la piscina; 6, 1-15, la multiplicación de los panes; 6, 16-21, el camino sobre el agua; 9, 1-7, el ciego de nacimiento). El rechazo que Jesús parece poner en la escena de las bodas de Caná y en los otros dos relatos, será solo una forma del evangelista para poner de relieve la absoluta libertad de Jesús y juntamente su total obediencia al Padre que lo aparta de cualquier tipo de condicionamiento humano.

En particular, el Evangelio de Juan considera el relato del milagro del vino y el de la curación del funcionario como estrechamente relacionados (cfr. Jn 4, 46; 2, 11/4, 54). Después del milagro del vino, los discípulos «creyeron en Él» (2,11); también el oficial, que confiando en su palabra se puso en camino (cfr. 4, 50), y cuando ve que su hijo se había liberado de la fiebre mortal, justo en la hora en la que Jesús le dijo “Tu hijo vive”, «creyó él y toda su familia». (Jn 4, 53). El relato del primer milagro de Caná se cierra

igualmente con la referencia a la familia nueva nacida alrededor de la palabra de Jesús, el cual «bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos» (2, 12). El objetivo del milagro es el de llevarlos a la fe y de construir, sobre esta fe, una comunidad de hermanos.

Después de la respuesta de Jesús, que parece excluir toda posibilidad de ser atendida – «¿qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora». (Jn 2, 4) – María no insiste, pero se dirige a los siervos, percibiendo en la respuesta de Jesús no un cierre, sino la invitación a ir más allá. «Haced lo que él os diga», dice habla entonces a los siervos de obedecer a la palabra de Jesús, como lo está haciendo ella. La respuesta de Jesús es misteriosa, y son oscuras sus implicaciones, pero la madre se adhiere totalmente, aún si no la comprende. Y nos lleva también a nosotros a recorrer el mismo camino de abandono confiado. En este sentido ya desde las bodas de Caná, María no es solo madre de Jesús, sino también madre nuestra, como lo será en plenitud en la hora de la cruz.

Madre de los discípulos

Hace algunos años un grupo ecuménico de teólogos y de exegetas reflexionaron sobre la figura de María en la historia de la salvación. Este grupo, nombrado como el *Grupo de Dombes*, nació en 1937 por iniciativa de Paul Couturier, que comenzó a reunir junto a la Abadía de Dombes, cerca de Lyon, católicos y protestantes, franceses y suizos, con la intención de favorecer, antes de cualquier discusión teológica, el conocimiento y la amistad. Durante el curso de los años, el grupo, que hoy cuenta con unos cuarenta miembros, ha profundizado varias cuestiones, contribuyendo eficazmente al diálogo ecuménico. No está ligado a ninguna institución, y ha publicado, en plena autonomía varios textos sobre la Eucaristía, los Ministerios, la Conversión de las Iglesias; que no están vinculadas a ninguna, pero que ciertamente han ofrecido una gran contribución al diálogo oficial. Entre las reflexiones de estos últimos años, ha ocupado un puesto de relieve el del rol de María en la historia de la salvación. El trabajo sobre María, que ha visto la luz en dos momentos diversos, (1997 y 1998), testimonia que es posible una lectura común de la historia y de la Escritura.

El documento presenta el lugar ocupado por María en la tradición del primer milenio y la divergencia progresivamente creada entre las diversas confesiones cristianas. Viene después analizado el testimonio de la Escritura en el cuadro de la confesión de fe. La segunda parte afronta el estudio doctrinal de los puntos de controversia y la formulación de propuestas para una auténtica conversión eclesial.

A continuación se reportan los párrafos relativos a la figura de María en el Evangelio de Juan:

- 178.** Los dos textos joánicos (2, 1-5 y 19, 25-27) definen en línea de principio a María como madre, al inicio y al final del episodio de Caná, y después a los pies de la cruz. Ellos subrayan, sin embargo, la distancia que Jesús pone entre él mismo y la madre, dirigiéndose a ella cada vez con el epíteto de “mujer” y no de “madre”. ¿Será quizá que no quiere ver en María a la que lo ha engendrado? El contexto indica más bien, que Jesús quiere hacer salir a María del simple rol de la maternidad física.
- 179.** En Caná, María no pregunta nada al Hijo; hace una simple constatación y se dirige a los siervos. Pero la constatación hace resaltar lo que falta en la fiesta. Es María la que hace evidente lo que no va. Es así como ella intercede junto a su Hijo. Ella ilustra ya con su intervención la condición del creyente, que se pone a la escucha de los hombres y sabe presentar sus necesidades para que Jesús venga en su ayuda.

- 180.** De frente a la falta señalada por María, está Jesús, cuya misión en ese momento se encuentra en una condición de inestabilidad: su hora «no ha llegado». La presencia de Jesús en una fiesta humana no tiene el objetivo de remediar las fallas, sino de manifestar su gloria y de suscitar la fe. Novedad que Él ilustra anticipadamente, realizando el signo.
Se abre así la prospectiva teológica del Evangelio. María está presente en esta apertura, sin tener siquiera conciencia.
- 181.** En cuanto a la respuesta que desconcierta, aquel «¿qué tengo yo contigo, mujer?» no subraya solo los límites de María, que no comprende de inmediato cómo y cuándo se manifestará la gloria de Jesús, sino que invita también a entrar en las perspectivas del Hijo, a abandonar la propia iniciativa para seguir la suya. En este sentido, se puede decir que el episodio de Caná es una piedra miliar en el camino de conversión de María, la cual comprende como su rol es ya, el de conducir a los siervos a su Hijo, a escuchar su palabra, obedeciéndola plenamente.
- 182.** María experimenta personalmente que la obediencia a una palabra y a una invitación a la renuncia son fuente de bendición. Sostenida en la confianza, aún antes de saber que intención tiene Jesús, ella puede decir a los siervos: «Haced lo que él os diga», llamándolos así a un comportamiento de fe inaudito como el suyo.
- 183.** Esta condición de “discípulo”, ya presente en los siervos de la fiesta de Caná, se encuentra también en la figura del “discípulo amado”. María acepta y asume su relación en las confrontaciones de los siervos-discípulos. Ella está presente sea en el clan familiar, que en la comunidad de los discípulos. Sometiéndose a esta doble relación, acepta pasar de la primera a la segunda, pero no entrará plenamente en esta última sino hasta después de la cruz: de Madre de Jesús se convertirá en Madre del discípulo. Su maternidad natural es llamada por Jesús, el crucificado, a convertirse en una maternidad de los discípulos, a través del “amado” el íntimo de Jesús en su pasión y en su resurrección.
- 184.** El Evangelio de Juan, articula los tres elementos, María-madre-de-Jesús, María-mujer y María-madre-de-los-discípulos. Según una graduación teológica, partiendo de “María, Madre de Jesús” el Evangelio pasa por “María mujer” para llegar a “María, madre de los discípulos”. Madre con una maternidad nueva, de un orden diverso respecto a la primera y que la Iglesia confiesa junto a esta.^[11]

2. BIENAVENTURANZAS DE LA FE

Palabra para la lectio:

«Bienaventurada la que ha creído que se cumplirá la Palabra del Señor» (Lc 1, 45)

«María observaba todas las cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19; cfr. 2, 51)

La lectio de Israel:

- Sir 38, 24-39,11 (lectio personal)
- Ne 8, 1-12 (lectio comunitaria)

Regla de Vida RM 7: «[Cada hermana] aprende de su “fiat” a acoger la palabra de Dios...»

He puesto en evidencia tres modos para acoger la Palabra, sobre el ejemplo de Santa María: la fe en el poder transformador de la Palabra, la adhesión del corazón y su alegre respuesta.

La fuerza de la fe:

En el “fiat” de María resuena el eco del mandamiento divino que se ha dado al inicio de la creación: “Hágase” (Gen 1,3). Este imperativo divino se hace en los labios de María una oración, un anhelo, un deseo. Del deseo ardiente de comunión con Dios y del abandono confiado a su llamada, brota la nueva creación.

«Bienaventurada ella que ha creído» (Lc 1, 45), exclama Elizabeth a gran voz. Ha creído que la palabra del Señor se cumplirá, ha creído en el poder de la palabra que no puede no hacerse realidad. Pero podemos legítimamente traducir también así: «Feliz la que ha creído, porque se cumplirá lo que en ti ha sido prometido por el Señor». Es decir: Tú has creído, y es por esta fe que la palabra se realiza. A menudo Jesús evidenciaba que era la fe del que suplicaba lo que hacía que se realizara el milagro. «Mujer – le dice a la cananea – grande es tu fe, que te suceda como deseas» (Mt 15, 28). Y al centurión, que reconoce su indignidad para recibirlo en su casa y le pide tan solo decir una palabra, Jesús declara, lleno de admiración: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande [...] Anda, que te suceda como has creído» (Mt 8, 5-13). Y aún más, a la mujer que sufría hemorragias desde hacía 12 años, y considera que es suficiente tocar el manto de Jesús para ser curada, y escuchó estas palabras liberadoras: «¡Animo!, hija, tu fe te ha salvado» (Mt 9, 22).

Palabra y fe están estrechamente ligadas: una vivifica a la otra. Es aquello que afirma San Pablo, agradeciendo a Dios porque la comunidad, habiendo recibido la palabra divina de la predicación, la acoge “no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes” (1 Tes 2, 13). Como advierte la nota de la Biblia de Jerusalén, podemos también traducir: “una Palabra que permanece activa (de Dios) en los creyentes”. Sea una u otra traducción, no se excluyen, es más ambas, sacan a la luz la riqueza de la relación dialéctica entre la Palabra y el creyente. Poderosa es la Palabra, pero no se realiza mágicamente: es necesaria una fe fuerte e inquebrantable. Es una verdad que también el Antiguo Testamento tiene bien clara. Se puede releer el texto profético de Is 55, 10-11: «Como descenden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi Palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me propongo y haya cumplido aquello a lo que la envié». La lluvia y la nieve regeneran la naturaleza de una manera que parece prodigiosa; pero más prodigioso todavía es el milagro que se realiza cuando la Palabra cae en el terreno de un corazón abierto a la fe. Es una Palabra que no necesita ser explicada, porque habla con la fuerza de la vida, de una vida que permite también hoy al Cristo tomar carne en el mundo. La fe es nuestra lucha cotidiana en un mundo que parece hoy tan lejano de ella, pero es una lucha y una fatiga que llevo adelante «con la fuerza de Cristo, que actúa poderosamente en mí» (Col 1, 29).

En el corazón

En Lc 2, 19.25, María aparece como aquella que conserva las palabras que escucha, las medita o mejor dicho las confronta en su corazón. «La tradición eclesial considera que la Virgen, en virtud de una ya costumbre de vida, asimiló progresiva y profundamente la enseñanza del Hijo – sus palabras, sus gestos inesperados ... – los valores y el estilo del

Reino. Y lo asimiló de modo sapiencial y existencial: custodiando y confrontando en su corazón, profecías antiguas y palabras escuchadas por ella misma, advenimientos extraordinarios y hechos cotidianos de la vida.»^[12] De hecho, «una particular fatiga del corazón»^[13] es la que ha buscado el Señor siempre, aún cuando sus palabras y sus gestos parecen incomprensibles y misteriosos. Es en el corazón en donde centraremos ahora nuestra atención:

Solo en el Antiguo Testamento, la palabra “corazón”, referido al hombre, se encuentra más de 800 veces^[14]: una frecuencia que dice ya mucho sobre la importancia que el texto sacro le da al corazón. Y además veamos como solo diez veces el texto sacro se refiere con este término al órgano físico, aunque con un sentido que va más allá del simple dato anatómico. Por ejemplo, que en 1 Sam 25, 37-38 se narra la muerte de Nabal por infarto cardíaco. Este hombre, como se sabe, era marido de Abigail, aquella que después será esposa de David, y se había rehusado con arrogancia a proveer con su ayuda en víveres, a los hombres de David, perseguido por Saúl. David, que siempre había protegido a su numeroso rebaño, pensaba vengarse por la ofensa y sale con cuatrocientos hombres contra Nabal, cuyo nombre quiere decir “impío” “necio”. Pero Abigail va a su encuentro para pedirle perdón y reparar la ofensa. Al regresar a casa, lo encuentra celebrando un banquete: «estaba alegre su corazón y completamente embriagado. No le dijo una palabra, ni grande ni pequeña, hasta el lucir del día. Pero a la mañana, cuando se le pasó el vino a Nabal, le contó a su mujer lo sucedido; el corazón se le murió en el pecho y se le quedó como una piedra. Al cabo de unos diez días hirió Yahvé a Nabal y murió». Un médico podría diagnosticar una apoplejía acompañada de hemorragia cerebral; y en estas condiciones un hombre puede sobrevivir por unos diez días. «El antiguo escritor veía en entonces en el “corazón” el órgano central que presidía la capacidad motriz de los diversos miembros»^[15]. La Escritura, sin embargo, va más allá del simple diagnóstico de una enfermedad física. Nabal queda rígido como una piedra, pero fue su egoísmo el que lo dejó así. No muere aún físicamente, pero su corazón no late más, porque ya no es un corazón de carne, sino de piedra (Cfr. Ez 36, 26).

En Os 13, 6-8 el profeta nos da una imagen poderosísima de Dios, que como un león, un leopardo o una osa o una leona a quien le quitan sus hijos, arremete contra Israel cuyo corazón se ha enorgullecido por la saciedad de los bienes que posee y se ha olvidado del Señor (Cfr. Sal 17, 10). Por ello Dios romperá «su corazón endurecido» más no el corazón, porque Dios no quiere matar a la persona, sino la cerrazón del corazón, lo que paraliza el corazón, para que este comience a latir de nuevo como debe.

Confrontemos ahora el lamento de Jer 4, 18b-19: «... esta, tu desgracia te ha penetrado hasta el corazón, porque te rebelaste contra mi. ¡Mis entrañas, mis entrañas! ¡Me duelen las telas del corazón, se me salta el corazón del pecho! No callaré, porque mi alma ha oído sonos de cuerno, el clamoreo del combate». Así en patología médica son descritos los síntomas de la angina de pecho^[16]. Pero en este corazón, que parece un remedo, está el dolor mismo de Dios que ama Israel como su hijo predilecto (cfr. Jer 31, 20), el sufrimiento de quien continua creyendo en el amor, aún cuando ha sido ofendido y traicionado^[17].

Al corazón la Biblia le atribuye una actividad que, nosotros modernos atribuimos el cerebro. El corazón, de hecho, conoce, piensa, intuye, tiene conciencia, recuerda, sabe, reflexiona y juzga. La Biblia habla del corazón, porque está preocupada de conservar a la persona en una unidad profunda de pensamientos y emociones. El hombre de hoy, «ha separado a la inteligencia del amor, a la razón de la pasión, a la mente del corazón. Con el orgullo de su saber, cree poder ser el único artífice de su propio destino (*homo faber*), fuente única de significado»^[18].

Una tarea esencial que la Biblia confía al corazón es aquella de comprender. Dios ha dado ojos para ver, oídos para oír, y corazón para comprender (Cfr. Dt 29, 3). Es con el corazón que se comprende que, como un hombre corrige a su hijo, así el Señor corrige a Israel (Dt 8, 5); es con el corazón que se comprende el valor del tiempo que Dios ha dado para buscarlo: «Enseñanos a contar nuestros días, para que entre la sabiduría en nuestro corazón» (Sal 90, 12).

Se comprende si se escucha con atención. Salomón da prueba de gran sabiduría, cuando pide al Señor, no una larga vida, no la riqueza o la muerte de sus enemigos, sino «un corazón que escucha» (1 Re 3, 9). Para una ardua tarea, como es la de gobernar un pueblo, Salomón tiene necesidad de escuchar, por tanto de discernir entre lo que es bueno y lo que es malo, tiene necesidad de conocer la leyes que regulan la vida del mundo y los fenómenos de la naturaleza (cfr. 1 Re 5, 9).

Cuando el hombre no está abierto a penetrar y a comprender, se detiene en la superficie de los hechos. Su corazón está cerrado: una cerrazón que parece obstruir el paso a toda posibilidad de salvación, como dice el duro oráculo de Isaías 6, 10: «Engorda el corazón de ese pueblo, hazle duro de oídos y pégale los ojos, no sea que vea con sus ojos oiga con sus oídos y entienda con su corazón, y se convierta y se le cure» Mas aún, la triada corazón-oídos-ojos / ojos-oídos-corazón como ya leímos en Dt 29, 3; cuando el corazón está cerrado, también lo están los oídos y los ojos, que la Escritura pone seguido en relación con el corazón^[19], y no perciben nada más. La dureza del corazón parece un camino sin salida; y por tanto es necesario no olvidar como, justo esta absoluta incapacidad del corazón cerrado a salir de sí mismo haga resaltar la inmensa bondad del Señor. El profeta, de hecho, pregunta turbado: «¿Hasta cuándo, Señor?» (Is 6, 11). Y Dios responde que, aún ante la ruina de un pueblo que no puede ya comprender, permanece una semilla que será pueblo santo, consagrado al Señor. La gracia del Señor es más fuerte que todo pecado. Aún la catástrofe más devastadora no marca el fin de la historia, sino que abre a un futuro de esperanza (Cfr. Is 29, 18; 30, 20-21; 43, 8-13).

El conocimiento debe transformarse en una conciencia permanente. Las palabras del Señor deben ser continuamente recordadas^[20]. Cuando Daniel dice que hay que conservar todo en el corazón, (Dn 7, 28) quiere decir la voluntad de mantener viva en su memoria las visiones que ha recibido. A su hijo, Tobías, partiendo hacia la Media, le recomienda: «... recuerda estos mandamientos y no permitas que se borren d tu corazón» (Tb 4, 19d).

El corazón es entonces, para la Biblia, el centro de la persona, puesto en relación con Dios; es la persona que acoge en sí la Palabra Divina, la tierra que se abre a la semilla que esparce el sembrador: «Lo que cae en tierra buena, son los que después de haber oído, conservan la Palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia» (Lc 8, 15; cfr. también 24, 32 y Hch 16, 14). Ciertamente, “un corazón bueno y bello” es el de María, tierra virgen donde la semilla de la Palabra produce al ciento por ciento (Cfr. Lc 8, 8). A su corazón de Madre y hermana nuestra, recurrimos para que indique a nuestro pobre corazón, donde conviven sombras y luces, el camino para encontrar nuestra unidad profunda alrededor de ese centro pacificante y vital que es Jesús. Nos enseñe la Virgen el silencio del corazón, un silencio vivo y crepitante como una flama que estalla; un silencio que no habla más de Dios porque lo siente, un silencio que hace callar las voces discordantes provenientes de la actividad exterior y que nos da el valor de mirarnos dentro así como somos. María, que conserva en su corazón los hechos del Hijo, nos done el valor de no huir de nosotros mismos, sino de permanecer con fortaleza y confianza adheridas a nuestro corazón, para conocer aquello que nos es negativo, y también para descubrir aquello que viene del Espíritu, alabando y agradeciendo al Señor.

La sabiduría del escriba

Tratemos de leer ahora Sirácide 38, 24-34 y 39, 1-11 como la descripción no de dos actividades contrastantes, el trabajo manual y el intelectual, sino como dos actividades integradas e intercambiables. En el capítulo 38 el Sirácide habla de la labor del agricultor (38, 25-26), del artesano (v.27), del herrero (v.28), del alfarero (v.29-30). El autor se hace la pregunta: «¿cómo va a hacerse sabio el que empuña el arado y se gloria de tener por lanza el aguijón?» (v.25) Su atención, de hecho, está totalmente dirigida a abrir surcos; y el sueño se le va por la preocupación de dar el forraje a las bestias. El artesano está completamente absorto en realizar un diseño perfecto y permanece despierto hasta que no ha llevado a término su trabajo. El calor del horno y el rumor del martillo no dan al herrero la posibilidad de pensar en otra cosa (pensemos hoy en quien trabaja en las grandes industrias y en las cadenas de montaje). También el alfarero está continuamente ansioso, porque no siempre la pieza que está modelando toma la forma que el tiene en mente. En definitiva, es pura gente absorta totalmente por su trabajo. Gente que lleva ciertamente una contribución a la construcción material de la ciudad, pero inadaptada a desarrollar labores de dirección y de gobierno que son propios en vez, de quien ejercita una actividad intelectual (cfr. Sir 38, 32-34).

Y sin embargo «cada uno se muestra experto en su tarea» (v.31), o literalmente “sabio”, según la concepción que la Biblia tiene del trabajo: toda actividad humana tiene necesidad de una sabiduría que viene de Dios (cfr. Es 31, 1-6; 35, 30-36; 1 Re 5, 20; 7, 13-14; Ez 27, 8). En la nota con la cual la “Biblia de Jerusalén” comenta el versículo 31, se dice: «... la habilidad manual... no puede ser comparada a aquella del escriba». Antes de hablar de oficios, el Sirácide advierte: «La sabiduría del escriba [es, se realiza, crece] en los ratos de sosiego, el que se libera de negocios se hará sabio» (38, 24). Me parece más útil para nosotros, recavar del Sirácide no tanto una confrontación entre la actividad material y la intelectual – confrontación que se resuelve con toda ventaja hacia la primera – cuanto la necesidad de no dejarse absorber totalmente por el trabajo material, al grado de no dar al espíritu un espacio de libertad. Si revisamos todo el libro del Sirácide, podemos encontrar algunas expresiones que no manifiestan desprecio por el trabajo manual. «No rehuyas el trabajo penoso, ni la labor del campo que creó el Altísimo» (7,15). El trabajo asegura a la persona autonomía y dignidad; de hecho «la vida del que se basta a sí mismo y del obrero es dulce» y más aún si agrega «pero más que ambos el que encuentra un tesoro» (40, 18): el tesoro de la sabiduría (cfr. Sir 1, 25-27), es decir, la Palabra misma del Señor es la que da gusto y sabor a toda la vida. Quien se deja absorber totalmente por la actividad, no puede pensar en nada más; en tanto la situación es diversa: «No así el que aplica su alma a meditar la ley del Altísimo. La sabiduría de todos los antiguos rebusca, a las profecías consagra sus ocios» (Sir 39, 1). Ley, Profetas y Escritos Sapienciales: Toda la Escritura por tanto debe ser leída y estudiada con gran amor, y esta dedicación confiere una dignidad particular, así que quien la vive, llegará a estar entre los grandes y los jefes (39, 4) porque adquiere capacidad de discernimiento y de comprensión, e inteligencia y sabiduría que ninguna otra ciencia le puede dar. Y es una sabiduría que no aísla “al escriba” en una especie de torre dorada, porque este «viaja por tierras extranjeras, adquiere experiencia de lo bueno y lo malo entre los hombres». La nota a 39, 4, que reporta la Biblia de Jerusalén, explica: «El escriba es a menudo funcionario, ministro, embajador». Es verdad, y esto podría suceder; pero a nosotros, siempre en busca en el texto sacro de un mensaje que sea directo a nuestras personas y a nuestra vida, esta explicación no nos basta. El escriba del que habla el Sirácide, nos representa a todos los deseosos de amar la Palabra del Señor y de dedicarle toda la vida. El escriba viaja por el mundo entero, porque es la Palabra la

que lo abre al mundo, y es la Palabra que le pone dentro del corazón a todo el mundo y hace que lo ame con el deseo de hacerlo siempre más bello y conforme al designio de Dios. Se pueden hacer largos viajes aún dentro de la misma estancia, porque lo que cuenta, es llevar el mundo en el corazón, orar e interceder por toda la humanidad. «Aplica su corazón a ir bien de mañana, donde el Señor, su Hacedor; suplica ante el Altísimo, abre su boca en oración, y por sus pecados suplica» (39, 5). La oración, poniendo al descubierto nuestra personal fragilidad, se hace imploración de perdón por todos los momentos en que no nos hemos sentido responsables del mundo.

Cumpliendo la voluntad del Señor, así como se manifiesta en la Palabra, el escriba es colmado de dones del Espíritu (39, 6-7; cfr. Is 11,2): La inteligencia y la sabiduría (es decir, el saber discernir el bien), el consejo y la ciencia (es decir, la capacidad de hacer el bien, una vez descubierto) y «en la ley de la alianza del Señor se gloriará» (39, 8). Esta gloria es la fuerza que proviene de la conciencia de cumplir fielmente la voluntad del Señor.

«... jamás será olvidado, no desaparecerá su recuerdo, su nombre vivirá de generación en generación». (v.9) Aquí se advierte ya, el eco del canto de María: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1,48). Una vida vivida hasta el final no se pierde en la nada; continúa siendo una corriente escondida de agua pura que fecunda la tierra, una heredad preciosa de ideales y de deseos que reaviva también a las generaciones futuras.

La alegría de la Palabra

Otro pasaje del Antiguo Testamento, leído siempre a la luz de la figura de María en la escucha, nos ayuda a comprender cómo una comunidad deba acoger la Palabra para traducirla en un compromiso de comunión, cada vez más amplio. Se trata del pasaje de *Nehemías 8, 1-12*, que describe la reunión del pueblo, al regreso del exilio, en la plaza delante a la puerta del Agua, para escuchar la lectura de la Ley. «Todo el pueblo se congregó como un solo hombre» (8, 1): solo la Palabra de Dios, escuchada con el deseo sincero de conversión, puede crear esta unidad. El pueblo, «desde el alba hasta el mediodía» (v. 3), permanece atento a la lectura que del libro de la Ley hacían Esdras y los levitas (v. 8), y «lloraba, al oír las palabras de la Ley». Es un llanto de arrepentimiento, originado por el descubrimiento del enorme desvarío entre la vida que llevan ahora y la Palabra. Es un llanto sano, como dice San Pablo a los Corintios: «porque si os entristecí con mi carta, no me pesa. Y si me pesó – pues veo que aquella carta os entristeció, aunque no fuera más que por un momento – ahora me alegro. No por haberos entristecido, sino porque aquella tristeza os movió al arrepentimiento. Pues os entristecí según Dios, de manera que de nuestra parte no habéis sufrido perjuicio alguno. En efecto, la tristeza según Dios produce firme arrepentimiento para la salvación; más la tristeza del mundo produce la muerte» (2 Cor 7, 8-10).

Nehemías y los levitas buscaban calmar al pueblo: «No estéis tristes: la alegría de Yahvé es vuestra fortaleza» (v. 10c). Esta alegría se puede gustar solo cuando se responde a la invitación: «Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado» (v. 10a). Y compartiendo con quien no tiene nada, el pueblo hace fiesta porque ha comprendido plenamente las palabras que le fueron explicadas (v. 12). Así es como la Palabra fluye en la vida y de la vida recibe luz. Esta es comprendida cuando se hace inspiradora de una vida de comunión, porque no existe otra llave para abrir los tesoros secretos, que aquella del amor.

Para nosotros Siervos y Siervas de Santa María, es el vivir fraterno el que nos dice si somos verdaderos escuchadores o no de la Palabra de Dios. La fraternidad es un ideal austero y exigente, que requiere pobreza interior, renuncia y donación total. La presencia

de la Virgen nos done el valor de permanecer fieles y de infundir, sobretodo en los momentos difíciles, el calor de una acogida simple y respetuosa.

3. AL SERVICIO DEL MUNDO

Palabra para la Lectio:

«... y le buscaban entre parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca» (Lc 2, 44-45)

«Se presentaron donde él, su madre y sus hermanos, pero no podían llegar hasta él a causa de la gente». (Lc 8, 19)

«¿Qué tengo yo contigo mujer?» (Jn 2, 4)

Regla de Vida RM7: «... y de su vida con Jesús en Nazaret [aprende] el sentido de la propia inserción en la sociedad» .

La vida que la Virgen María lleva con Jesús en Nazaret, desde antes del inicio de su apostolado, no fue precisamente tranquila. Ese Hijo, exigente desde joven, le pedía un constante compromiso de conversión.

Nuestra lectio considera tres momentos de la vida de María con Jesús, que son tres etapas de su camino de penetración de la identidad siempre nueva del Hijo.

¿Por qué...?

Lucas 2, 41 introduce el relato de un evento de la adolescencia de Jesús que provocó a los padres angustia y desconcierto. Todos los años María y José subían a Jerusalén para la Pascua, en obediencia a cuanto prescribe la ley (Cfr. Ex 23, 14-17; 34, 22-23; Dt 16,16). Partían con el hijo y, como es de suponer, con todo el clan familiar, los “hermanos” y las “hermanas” de Jesús. Era un peregrinaje fatigoso, aunque también lleno de alegría: el canto de los salmos de la ascensión vigorizaba en sus corazones el deseo de volver a contemplar la ciudad santa y el templo del Señor; parientes y amigos se encontraban, dialogaban, compartían juntos las provisiones que llevaban. En uno de estos peregrinajes, cuando estaban ya en camino de regreso, Jesús de doce años «permanece en Jerusalén, sin que los padres se dieran cuenta» (2, 44).

Lucas, como sabemos, redactó el relato de la pérdida, teniendo delante a sus ojos la pasión del Señor. La desaparición de Jesús preanuncia su ocultación en la oscuridad de la muerte. Tres días sus padres lo buscaron y tres días Jesús permanece en el sepulcro; después de una búsqueda angustiada lo encontraron en Jerusalén, donde Jesús muere y resucita. El término “angustiados” (2, 48) tiene un significado de gran intensidad; Lucas lo usa también para los ancianos de Mileto que lloran al cuello de Pablo «porque les había que ya no volverían a ver su rostro» (Hch 20, 38). Es entonces la angustia la que nos acomete ante la pérdida irreparable de una persona querida^[21]. En la respuesta de Jesús resuena el verbo “debo” («debo ocuparme de las cosas de mi Padre») que en Lucas indica siempre la necesidad de la pasión (Cfr. Lc 9, 22; 13, 33; 17, 25; 22, 37; 24,7.26.44).

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (2,48). En el Evangelio de Lucas esta es la única palabra dirigida de la madre al hijo y es también la última palabra de María: Hay que poner en relieve el apelativo con el cual María se dirige a Jesús: «hijo», en el sentido físico: el hijo que he dado a luz. ¿Cómo es posible que un hijo se comporte así con su madre? ¿por qué un hijo da a su madre un dolor así? El por qué de María es la pregunta del creyente de frente al Misterio de la vida y

del dolor. «¿Por qué – grita Job – no morí cuando salí del seno, o no expiré al salir del vientre? ¿por qué me acogieron dos rodillas? ¿por qué hubo dos pechos para que mamara? ... ¿Para qué dar a luz a un desdichado, la vida a los que tienen amargada el alma...?» (Jb 3, 11-12.20). Es el por qué pronunciado en la fe, que no recibe respuestas del Señor: «¿por qué me olvidas?» (Sal 42, 10); «¡Despierta ya!, ¿por qué duermes, Señor? Levántate, ¿por qué ocultas tu rostro?» (Sal 44, 24-25); «¿Por qué, Yahvé, mi alma rechaza, lejos de mí, tu rostro ocultas?» (Sal 88, 15).

La pregunta de María suscita la primera palabra de Jesús en el Evangelio de Lucas: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? (2, 49). Al por qué de la madre, Jesús responde con otro por qué, maravillándose de que ellos no sepan de su relación con el Padre y del vínculo absolutamente único que lo une a Él. Jesús «debe estar» en la casa del Padre, lo que vale decir: que solo en el Padre, su existencia encuentra fundamento y sentido. La voluntad del Padre es para Jesús un deber absoluto, superior a cualquier otro vínculo. La obediencia a Dios conduce a Jesús por caminos que lo alejan hasta de su propia familia. Aquello que a María le había sido anunciado al momento de la presentación en el templo («¡y a ti, misma una espada te atravesará el alma!»: Lc 2, 35), ahora se ha esclarecido.

La respuesta- pregunta de Jesús no iluminó a los padres. Ellos «no comprendieron la respuesta que les dio» (2, 50). Se quedaron, igual que los apóstoles, en la misma incompreensión, cuando Jesús les hablaba de su pasión; ellos «nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía» (Lc 18, 34). Aquí hay una incompreensión radical, que nace de una no experiencia de las cosas dichas por Jesús: su palabra está aún fuera del horizonte conocido por sus discípulos. Se trata propiamente de una verdadera ceguera, tan es verdad, que inmediatamente después el Evangelio presenta al ciego de Jericó (Cfr. Lc 18, 35-43), figura simbólica del hombre que camina a ciegas en la oscuridad, si Jesús no lo sana.

La incompreensión de María y de José aparece bajo una luz diversa. También ellos ciertamente sufrieron un límite; no buscaron a Jesús por los caminos justos, aún si fue un amor profundo el que animó su búsqueda. No comprenden aún, cuando Jesús les habla de la voluntad del Padre; sin embargo, como conclusión del relato, Lucas presenta, por segunda vez en el mismo capítulo, la imagen de absorta de la Virgen que «conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón» (2, 51). No las entendía aún, pero las conservaba con gran celo para no olvidarlas, en la confianza de que habría de revelarse en plenitud su significado.

De este modo María nos enseña como entender las palabras del Señor. La Palabra es una realidad infinita; a cuyo fondo no llegaremos jamás. Como la vida, tiene una profundidad que ni aún una experiencia de largos años logra sondear. Además, el camino que nos indica no es fácil. No es fácil discernir la voluntad del Padre; no lo ha sido ni siquiera para Jesús, quien «está» en las cosas del Padre. También Jesús ha tenido que luchar y sufrir, orar y llorar para aprender a obedecer (Cfr. Hb 5, 7-8). María en Nazaret conservaba en el corazón todo aquello que no comprendía, es decir, confía en Dios, pero con una confianza sin reservas. Con ella, también nosotros buscamos madurar como personas que sabemos esperar con paciencia y respeto. Paciencia y respeto hacia los hermanos y hermanas que están haciendo junto con nosotros este difícil camino de comprensión de la vida; y paciencia también respecto a Dios, cuyo Misterio nos supera infinitamente.

Mi madre y mis hermanos

En el Evangelio de Lucas, el episodio de la madre y de los hermanos de Jesús que buscan acercarse, el Señor se encuentra en un contexto diverso al que lo colocan Marco y

Mateo. Lucas de hecho prefiere insertar el episodio no como introducción a la parábola del sembrador y a su explicación (Cfr. Mc 3, 31-35 y Mt 12, 46-50) sino como conclusión de la misma parábola (Cfr. Lc 8, 4-15) y después de la invitación a poner atención en como se escucha, «porque al que tenga se le dará; y al que no tenga, aún lo que crea tener se le quitará» (Lc 8, 18). Solo quien custodia «con perseverancia» (Lc 8, 15) la Palabra de Dios, recibe y acoge verdaderamente a Dios en su vida.

La madre y los hermanos de Jesús no pueden acercarse «a causa de la gente» (8, 19). Ya otras veces la gente son un impedimento para acercarse a Jesús: Cfr. Lc 5, 19 (el paralítico llevado por algunos que no podía ser introducido delante de Jesús a causa de la gente) y 19, 3 (Zaqueo que no logra ver a Jesús, a parte de su corta estatura, a causa de la gente). Pero en estos dos casos la gente no constituye un obstáculo insuperable; es más, enciende más fuerte la fe de llegar hasta Jesús («lo subieron al techo y lo bajaron con la camilla a través de las tejas») y el deseo de verlo («[Zaqueo] se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro, pues [Jesús] iba a pasar por ahí» 19, 4).

La madre y los hermanos de Jesús permanecieron «afuera» pero querían verlo. Es posible que Lucas dé un juicio negativo sobre este «ver», como resulta claramente, a propósito de Herodes Antipas que «buscaba ver a Jesús» (Lc 9, 19); y lo hubiera visto de hecho al momento de la pasión: y se alegró mucho porque «esperaba presenciar alguna señal que él hiciera» (Lc 23, 8). Pero a esta vana esperanza «Jesús no respondió nada» (23, 9). Para ver a Jesús es necesario entrar dentro de la comunidad de «los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica» Tampoco la madre y los hermanos de Jesús pueden permanecer «fuera», pero para ello, deben hacerse discípulos de la Palabra; solo así serán verdaderamente consanguíneos de Jesús.

Otras indicaciones nos vienen ofrecidas si enlazamos Lc 8, 19-21 al pasaje paralelo de Lc 11, 27-28: «Sucedió que estando él diciendo estas cosas, alzó la voz una mujer ...». ¿Qué cosas estaba diciendo Jesús? Había expulsado a un demonio de un mudo, y este empezó a hablar (Lc 11, 14). Jesús advierte que el milagro no libra automáticamente al hombre del regreso del espíritu inmundo (11, 24). Este espíritu que vaga por lugares áridos, morada habitual de los demonios (Cfr. Is 32, 21; 34, 14; Lv 16, 20.22; Tb 8, 3), pero aman sobre todo estar en los hombres: «Me volveré a mi casa, de donde salí» (Lc 11, 24b). Y al llegar la encuentra «barrida y en orden», Mateo agrega «y vacía» (12, 44). En apariencia hay orden y limpieza; pero en realidad el vacío es total. Una apariencia respetable, pero una absoluta esterilidad. Entonces el espíritu inmundo «va y toma otros siete espíritus peores que él, entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio» (Lc 11, 26; cfr. 2 P 2, 20). No basta entonces la pureza exterior; hay necesidad de una pureza interior que solo la escucha de la Palabra puede dar. De ahí, como en Lc 8, 21, también el relato del elogio de la mujer respecto a Jesús («Dichoso el seno que te llevó...» 11, 27) culmina con la frase: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (11, 28).

Guardar la Palabra significa cumplirla. Que escucha y acción sean una cosa sola es la afirmación de la Sagrada Escritura. Hemos tenido ya ocasión de poner en evidencia el pasaje fundamental de Ex 24, 7, donde todo el pueblo, al momento de adherirse a la alianza, exclama: «Cumpliremos todas las palabras que ha dicho Yahvé». Declaración sorprendente porque, obrando una inversión de términos, la escritura afirma que a la praxis precede la escucha. Aún antes de escuchar y de entender, Israel «hace» porque la obediencia a Dios no está en el conocer los mandamientos, sino en seguirlos con una confianza total en Aquel que, a través de sus mandamientos, quiere dar libertad y plenitud a nuestra vida. En la traducción de la Biblia, Martín Buber da a la conjunción «y» («nosotros lo haremos y escucharemos») un sentido final: «nosotros lo haremos a fin de escuchar». Es el hacer que nos lleva a la escucha; es la vida la fuente de la escucha y del conocimiento. Los sabios hebreos así nos enseñaron: «¿El hombre cuyo conocimiento

supera a sus acciones, con qué se puede comparar? Con un árbol que tiene muchas ramas, pero pocas raíces: cuando viene el viento lo desraíza y lo tira ... en tanto que aquel cuyas acciones superan sus conocimientos, ¿con qué se compara? Con un árbol que aunque tenga pocas ramas, tiene muchas raíces: podrán venir todos los vientos del mundo a soplar contra él, que no se moverá de su lugar» (*Pirqa Avot, III, 22*). Aquí advertimos todos el eco de las palabras de Jesús: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca; cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no se cayó, porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7, 24-25).

A la madre, que con los hermanos de Jesús quiere verlo, el Hijo le recuerda que ella no puede reclamar para con él, derechos que le vengan del hecho de haberlo llevado en su seno y de haberle amamantado. Ella deberá comprender que se bienaventuranza no está en haber traído al mundo físicamente a Jesús, sino de ser la discípula en escucha de su palabra. Ya desde el momento de la anunciación, María había dicho con todo el deseo ardiente de su alma: «Se cumpla en mí tu palabra» (Lc 1, 38). Su vida con Jesús en Nazaret le hace descubrir las renunciaciones que implican la fidelidad a este su intenso deseo, cuán largo y fatigoso pueda ser este “hacerse” de la palabra en lo concretamente cotidiano.

En la comunidad de Jesús

Otro momento de prueba y de crecimiento para la Virgen es en las Bodas de Caná. «... se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús» (Jn 2, 1). Nos impacta esta preocupación de María: su familia parece estar disuelta y ella llega sola a Caná. Es el camino solitario de su fe en Jesús, siempre así de impredecible, siempre así de exigente. La sentimos cercana a nosotros, la Virgen Santa, nuestra compañera y hermana sobre los caminos, también solitarios, de nuestra fe, a veces oscura y tantas otras veces probada.

Jesús en vez, llega con sus primeros discípulos: Andrés y el personaje no nombrado, ya discípulos del Bautista, aquellos que habían seguido a Jesús a «Letanía, más allá del Jordán, donde Juan estaba bautizando» (Jn 1, 28), y además Simón, Felipe y Natanael. La verdadera familia de Jesús va creciendo, y es a la pertenencia a esta familia, que Jesús orienta con fuerza también a su madre, para que su maternidad se dilate hasta convertirse en un don de amor que abrace al mundo entero.

No es sin un motivo que el evangelista Juan no llama jamás a María con su nombre propio, sino siempre y solo con el apelativo de “madre”: María es de hecho solo «la madre de Jesús» (2, 1.3), o «su madre» (2, 5.12; 6, 42; 19, 25-26) o también «tu madre» (19, 27), cuando confía a su madre al cuidado del discípulo amado. No podemos pensar que el evangelista no conociera el nombre de la madre de Jesús: él demuestra estar bien informado del nombre de José, el padre putativo de Jesús (1, 45; 6, 42) y reconoce el nombre al menos de dos mujeres que están, con María, al pie de la cruz de Jesús (María de Cleofás y María de Mágdala: 19, 17). Con esta referencia exclusiva al calificativo de “madre” el evangelista intenta proponer un significado simbólico, como parece también en el modo como Jesús se dirige a la madre. «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (2, 4). Puede parecer extraño que Jesús llame así a su madre – en el Antiguo y en el nuevo testamento ningún pasaje atestigua un uso del género – sin embargo tal apelativo ya no tiene nada de extraño o inconstante, Jesús se lo dirigió a la samaritana, junto al pozo de Jacob - «créeme, mujer, que llega la hora en que, ni este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre» (Jn 4, 21) – llamándola a la fe en él, el Mesías revelador de la voluntad de Dios. Jesús pide también con este apelativo a María de Mágdala que está en lágrimas junto a la tumba vacía: «Mujer, por qué lloras? ¿a quién buscas?» (Jn 20,

15). La búsqueda de la mujer tiene que tomar un nuevo rumbo, su fe debe ir más allá de la presencia física del Maestro: «No me toques, ... pero vete donde mis hermanos» (Jn 20, 17). También a la mujer sorprendida en flagrante adulterio, Jesús dirige el mismo apelativo, restituyéndole, con la llamada a la conversión, dignidad y valor: «Mujer..., vete, y en adelante no peques más» (Jn 8, 10.11). En el título de “mujer” dado a la madre, por tanto, resuena fuerte la llamada de Jesús a una fe que debe apoyarse únicamente sobre su palabra. La madre acoge esta llamada y dice a los siervos: «Hagan lo que él os diga» (Jn 2, 5).

En la respuesta de Jesús, a la observación de la madre «no tienen vino» (Jn 2, 3), se percibe la misma “dureza” de las palabras que les dirige a los padres, que angustiados lo buscaban, y a la madre y a los hermanos que pedían verlo. Palabras de las cuales, María percibía el eco, dolorosa, pero que la empujaban siempre hacia delante, hacia la meta de la cruz. Después de Caná, María desaparece del relato del Evangelio, para reaparecer nuevamente en el Calvario, designada también aquí con el título de madre y mujer. En la hora de Jesús, ya preanunciada en Caná (Jn 2, 4b), es decir, su glorificación después de la muerte en cruz (Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23.27; 13, 1; 17, 1), María concluye su camino con Jesús, convirtiéndose en “madre” y “mujer” en el sentido más pleno y universal.

Podemos retomar algunas expresiones del notable documento de Dombes, importante esfuerzo ecuménico para una “piedad mariana” bíblicamente fundamentada y en grado de «mitigar las tensiones que quedan, a propósito de María, en nuestras iglesias y que surgen aún en el seno de una misma iglesia».

«En Caná, María no pide nada al Hijo; hace una simple constatación y se dirige a los siervos. Pero la constatación hace resaltar aquello que falta a la fiesta. Es María a evidenciar aquello que no va. Es así como ella intercede hacia su Hijo. Ella ilustra ya con su intervención la condición del creyente, que se pone a la escucha de los hombres y sabe presentar sus necesidades, para que Jesús venga en su ayuda.

De frente a la falta señalada por a María a Jesús, cuya misión se encuentra en ese momento en una condición inestable: Su hora “no ha llegado aún”. La presencia de Jesús en una fiesta humana no tiene la finalidad de remediar lo que falta, sino de manifestar su gloria y de suscitar la fe. Novedad que él ilustra anticipadamente, cumpliendo el signo.

Se abre así la prospectiva teológica del Evangelio. María está presente en esta apertura, sin tener ni siquiera conciencia.

En cuanto petición que desconcierta, aquel: “¿qué tengo yo contigo, mujer?” no solo subraya los límites de María, que no comprende de inmediato cómo y cuándo se manifestará la gloria de Jesús, sino invita también a entrar en la prospectiva del Hijo, a abandonar la propia iniciativa para seguir la suya. En este sentido, se puede decir que el episodio de Caná es una piedra angular en el camino de conversión de María, la cual comprende como su rol es sobretodo el de conducir a los siervos a su hijo, a escuchar su palabra, obediéndola plenamente.

María experimenta personalmente que la obediencia a una palabra y a una llamada a la renuncia son fuente de bendición. Sostenida por la confianza, aún antes de saber que intención de hacer tiene Jesús, ella puede decir a los siervos:

“Hagan lo que él les diga”, llamándolos así a un comportamiento de fe inaudito como el suyo»^[22].

Después de Caná, Jesús «desciende a Cafarnaún junto con su madre, los hermanos y sus discípulos» (Jn 2, 12). María no está ya sola: ha entrado en la gran familia de los discípulos y hermanos de Jesús. Después de Caná, también ella deja Nazaret y la Galilea,

como hacen otras mujeres (Cfr. Lc 8, 2-3; 23, 49; Mc 15, 40-41), y sigue a Jesús en sus viajes por la tierra de Israel.

Seguir a Cristo en el mundo

La vida de María con Jesús tiene mucho que enseñar a una vocación “secular” que vive el Evangelio en el mundo, en las situaciones complejas e intrincadas de la existencia de tanta gente. Una vocación que exige tanta pobreza y despojo interior, justo porque busca adherirse a las realidades de este mundo sin otro soporte que no sea la fe en Cristo. En su camino de fe cada hermana del Regnum Mariae debe experimentar la “soledad” de la Virgen que conserva en sí las palabras de su Hijo y solo sobre ellas apoya su crecimiento, marcada muchas veces por el dolor, de creyente que desea comprender y hacer la voluntad de Dios. Ciertamente, una soledad que no se agota en sí misma, sino que habitada como por hálito de conocimiento y de amor cada vez más grande, crea relaciones nuevas, hace comunidad e instaure relaciones de maternidad y de paternidad espiritual.

La *Regla de Vida*, por eso, pone como fundamento de la consagración secular el comportamiento mismo de María en la escucha paciente de la Palabra. No es siempre fácil permanecer fiel a esta escucha, el desarrollo de las “actividades comunes a todos los hombres” y el compromiso de «vivir en Cristo todas las realidades humanas y cumplir en espíritu de servicio, el mandato social con responsabilidad y competencia» (*Regla de Vida 4*) nos exponen a un riesgo, «el ansia de quien cree solo en su hacer» (*Regla de Vida 47*), un ansia que quita la libertad de crear espacios en los cuales crecer como personas auténticas, es decir, capaces de donarse a Dios y a los demás. El mismo artículo 47 dice que debemos inspirarnos «en el servicio que María hizo y hace en el mundo»; su servicio es el de llevar a las personas a Cristo, el de introducir en el mundo el fermento nuevo de la fe, y es un servicio vivido en el desprendimiento de sí mismo, en la pobreza, en la búsqueda no del propio bien sino del de los demás.

A la Virgen nos dirigimos para permanecer fieles «a un encuentro personal, cotidiano y prolongado con el Señor» (*Regla de Vida 32*), en un comportamiento de vaciamiento continuo para poder revestirse de Cristo (Cfr. *Regla de Vida 58*). Justamente porque está inserta en el mundo, la vocación secular tiene necesidad de sumergirse en la oración que es para ella «un deber radical» (*Regla de Vida 59*), en el sentido de que sin oración se secan las mismas raíces de nuestra llamada, que es la de llevar silenciosamente en el mundo a Cristo Señor. (Cfr. *Regla de Vida 11*), contribuyendo a la creación de una nueva humanidad en los ambientes en los cuales vivimos y trabajamos.

4. A LOS PIES DE LA CRUZ

Palabra para la lectio:

«Que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24)

«Y una espada traspasará tu alma de ti misma» (Lucas 2,35)

«Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena» (Juan 19, 25)

Regla de Vida RM 7: «De su participación a la misión redentora del Hijo cada hermana es llevada a comprender, a consolar y a valorizar los sufrimientos humanos»

Con esta ficha tocamos uno de los puntos cruciales del diálogo ecuménico entre protestantes y católicos sobre María. La afirmación por parte de los católicos según la cual María ha “cooperado” para la salvación de la humanidad aparece a los ojos de la Reforma protestante un atentado al principio de la justificación de la fe en Cristo, único Salvador,

quien nos salva gratuitamente, no con base a nuestras obras. Las iglesias de la Reforma, hoy como en el pasado, se rehúsan a dar a María un lugar que no sería el suyo, haciendo un paralelismo entre ella y Cristo o entre ella y la Iglesia, y atribuyéndole títulos que terminarían por traicionar la imagen evangélica de la pequeña María, nuestra hermana. El respeto por esta sensibilidad de las iglesias reformadas ha llevado a la iglesia católica a purificar su doctrina y a revisar su lenguaje. En los textos oficiales católicos no encontramos ya la expresión de “corredención”, esta expresión presupone una idea equivocada desde el momento en el que supone que el papel de María sea del mismo peso que el papel de Cristo. El concilio ha reconocido el título de “mediadora”, con el cual la Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de abogada y auxiliadora, pero “de modo que nada se reste o se agregue a la dignidad y a la eficacia de Cristo, único mediador. Ninguna criatura podrá ser comparada con el Verbo encarnado y Redentor; pero como al sacerdocio de Cristo participan los sagrados ministros y el pueblo fiel, y como la única bondad de Dios es realmente difundida de varias maneras entre las criaturas, también así la única mediación del redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas una cooperación de muchos tipos a partir de una única fuente” (*Lumen gentium* 62) .

El concilio insiste en el concepto de “cooperación”, dado que eso envuelve un valor que tiene que ver con la vida de los creyentes. “María, hija de Adán, accediendo a la palabra divina, se convierte en madre de Jesús y, abrazando con todo el ánimo sin ser tentada por algún pecado, la voluntad divina de salvación, se ofreció totalmente como sierva del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, poniéndose al servicio del misterio de la redención por debajo de él y con él, con la gracia de Dios omnipotente”. Justamente los santos padres sostienen que María no fue instrumento meramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó para la salvación del hombre con fe libre y obediencia. De hecho como dice san Ireneo, ella “obedeciendo se vuelve causa de la salvación para sí misma y para todo el género humano” (*Adversus haereses* III, 22,4). Desde esta afirmación no son pocos los padres que afirman en sus predicaciones que “el nudo de la desobediencia de Eva se resolvió con la obediencia de María; eso que la virgen Eva había atrapado con su incredulidad, la virgen María lo ha soltado con su fe” (Ireneo, *ibidem*) y, hecha la comparación con Eva, llaman a María “la madre de los vivientes” (S. Epifanio ,*Haer* 78,18.), y frecuentemente afirman: “la muerte por medio de Eva, la vida por medio de María” (S. Jerónimo, *carta* 22, 21). Esta unión de la madre con el hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción de la virginal de Cristo hasta su muerte (*lumen gentium* 56-57) . Ella “ha sido sobre la tierra el alma madre del divino Redentor, la compañera generosa del todo excepcional y la humilde sierva del Señor. Con el hecho de concebir a Cristo, generarlo, nutrirlo, presentarlo al padre en el templo, sufrir con el hijo moribundo en la cruz, ha cooperado en un modo muy especial a la obra del Salvador, con la obediencia, la fe, la esperanza y la intensa caridad, para restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso fue para nosotros la madre de gracia” (*Lumen gentium* 61) y su caridad materna continua trabajar e la Iglesia a favor “de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y están colocados e medio de los peligros y los afanes” (*Lumen gentium* 62).

A favor de su cuerpo que es la Iglesia.

La “cooperación” que es la “unión” de la madre con el Hijo recuerdan a los creyentes tanto su compromiso de comunión profunda con Cristo, mediador y salvador, como la responsabilidad que, por motivo de esta unión con Cristo, ellos tienen en relación a la vida de sus hermanos. Unidos a Cristo podemos, con el sacrificio de toda nuestra existencia, con nuestra intercesión, con nuestros sufrimientos ofrecidos por amor, “cooperar” a la salvación del mundo.

En este sentido se entiende Col 1,14 que escogimos como “palabra para la lectio”. Pablo exalta primero el primado universal de Cristo (cfr. Col 1, 13-20) . Este primado no tiene nada que ver con un poder supremo o una prepotencia: por medio de Cristo, el jefe, el principio, el primogénito, Dios quiso “reconciliar todas las cosas a sí , pacificando por la sangre de su cruz, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos”(Col 1,20). El primado cósmico de Dios actúa en la reconciliación y en la paz. Luego Pablo se dirige a la comunidad: en aquellos tiempos sus miembros eran “extraños y enemigos” de Dios (Col 1, 21) , pero ahora Cristo los ha reconciliado “por medio de la muerte de su cuerpo de carne”. El “cuerpo de carne” es nuestra pobre realidad de hombres pecadores que Cristo ha liberado con el don de su vida (Rm 8,3). Esta es la gracia de Cristo que nos vuelve santos, inmaculados y perfectos frente a Dios, “Si empero permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído” (Col 1, 23). Cristo nos ha salvado, pero nuestra respuesta queda como condición fundamental no sólo para nuestra salvación, sino también para la de los demás. “Que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24). Nosotros estamos en comunión con las “tribulaciones de Cristo” (cfr. 2 Cor 1, 5), o sea su pasión (“la muerte de su cuerpo de carne” del v 22) , en las tribulaciones que nos provienen del mundo y que, por muy graves y penosas, no pueden de ningún modo separarnos de él (cfr. Rm 8,35). “Estando atribulados en todo, mas no angustiados, en apuros, mas no desesperamos; perseguidos, mas no desamparados; abatidos, mas no perecemos. Llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús en el cuerpo, para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal” (2 Cor 4, 8 – 10) . Cada sufrimiento, que la vida nos da, tiene valor y sentido para nosotros, se soporta estando en comunión con Jesús. La comunión con los sufrimientos de Cristo – fuente, aunque parezca absurdo, de alegría y de consolación (cfr. Hch 5, 41)- hace que completemos lo que falta a tales tribulaciones , no quiere decir que a Cristo le haga falta algo, sino porque ahora nosotros estamos llamados a continuar con el servicio mismo de Cristo a favor de los hermanos. Se trata de formar parte del movimiento del propio Hijo de Dios el cual “se anonadó y se humilló” (Fil 2, 7 – 8) , y al movimiento de María, cuyo “fiat” corresponde al “sí” de Cristo en su humilde obediencia al padre.. El Hijo y la Madre se despojaron de su propia voluntad y su renuncia abrió el mundo a la posibilidad de descubrir que la verdadera libertad está en el renunciar al amor a sí mismo.

La espada de la Palabra

Recorriendo la vía que nos abrió San Pablo en cuanto a nuestra participación a las tribulaciones de Cristo y a la responsabilidad que tenemos en relación de nuestros hermanos, encontramos la palabra que dirigió Simeón a María: “Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste es puesto para su caída y para el levantamiento de muchos en Israel; y para señal á la que será contradicho. Y una espada traspasará tu alma de ti misma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2, 34 – 35). En Jesús se realiza lo que los profetas habían comenzado en cuanto al Señor y a su palabra. “Entonces él será por santuario, mas a las dos casas de Israel por piedra para tropezar, y por tropezado para caer” (Is 8, 14). No así para quien pone su vida en manos de Dios: “ Tengo confianza en el Señor, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob y a él aguardaré” (Is 8, 17). Sobre la roca de la fe la existencia no cae. “ He aquí que yo fundo en Sión una piedra, piedra de fortaleza, de esquina, de precio, de cimiento estable: el que creyere, no se apresure” (Is 28, 16) .

Este signo de contradicción, que es Dios mientras pueda ser acogido o rechazado, caracteriza también la vida del profeta: “¡Ay de mi, madre mía, que me has engendrado hombre de contienda y hombre de discordia en toda la tierra! (Jer 15, 10). En este lamento

del profeta se hace vidente el simbolismo de la espada, como viene claramente explicado en Heb 4, 12: “porque la palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que toda espada de dos filos; y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu y las coyunturas y tuétanos y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” . El padre Arístides Serra ha estudiado a fondo la correlación “espada – palabra de Dios” a través del Antiguo testamento, la antigua literatura hebrea y la tradición grecolatina de los primeros trece siglos, y se debe tratar de considerar este texto para una profundización.^[23] Aquí queremos entender porqué la palabra es una espada que provoca dolor.

Muchos críticos contemporáneos están de acuerdo con que la espada mencionada por Simeón es el dolor que María habría sufrido al ver a su Hijo repudiado por el pueblo. Lo que sucede durante el ministerio público del señor, en un modo muy especial en los días de su pasión y muerte, y luego en la persecución contra la iglesia naciente, de la cual María era parte como miembro de la comunidad de Jerusalén (Hch 1, 14). Un autor medieval, gran apasionado y conocedor de la Biblia, Ruperto di Deutz (muerto en el 1130), percibía caracteres marianos en la confesión de Pablo, que lleva el dolor en el corazón por el destino de su pueblo: “Que tengo gran tristeza y continuo dolor en el corazón” (Rm 9,2). Aplicando este texto a María, en su comentario al Cántico de Cánticos, Ruperto hace decir a la Virgen: “¿Qué cosa podía querer decir esto, si no rezar por la salvación de mi pueblo? ¿Podría yo tener hacia mi pueblo una compasión menor que la compasión y que el amor de los amigos, o sea de los profetas y de los apóstoles? [...] Recuerda tu misericordia, como has hablado a nuestros padres, porque al menos cuando habrán entrado todas las personas, entonces todo Israel será salvado”. (cfr. Rm 11, 16) . El dolor de María es el mismo que el del Mesías rechazado por su pueblo; María como madre del Mesías, ella comparte su destino. Como justamente observa Arístides Serra, sería necesario no limitar el simbolismo de la espada a esta interpretación. El mismo Lucas tiene cuidado en relevar los múltiples efectos que la Palabra de Dios produjo en la persona de María. El evangelio enlista una vasta gama de experiencias y de sentimientos, ya puestos en parte a la luz en las fichas precedentes: turbamiento (Lc 1, 29a), preguntas (Lc 1, 29b 34; 2, 48), temor (Lc 1, 30), obediencia (Lc 1, 38a), alabanzas (Lc 1, 46 – 47) , memoria y aceptación (Lc 2, 19.51), maravilla y sorpresa (Lc 2, 23.47 –48). Y sobre todo el dolor: ese dolor que María experimentó, junto a José, en la búsqueda de Jesús a los 12 años y que le aclaró la profecía de Simeón: su vida, como la vida de cada creyente, será atravesada por la espada de la Palabra de Dios, siempre superior a nuestras expectativas, mas vasta y profunda que los abismos del mar, siempre nueva a pesar de los años de estudio y de conocimiento, y siempre exigente.

En el evangelio según san Lucas, el simbolismo de la “espada” es usado una segunda vez, precisamente en el contexto de la última cena, donde Jesús dirige a sus discípulos estas palabras: “Cuando os envié sin bolsa, alforja ni calzado ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada. Y les dijo: pues ahora el que tiene bolsa, tómelas, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una. Os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: ‘Y fue contado con los inicuos’ (Is 53, 12), porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento”(Lc 22, 35 – 37).

Cuando Jesús había enviado a los Doce discípulos (cfr. Lc 9, 1-6) y luego otros 72 discípulos (cfr. Lc 10, 1 – 24) a predicar en el reino de Dios , les había pedido no llevar nada para el viaje: ni talega, ni bolsas, ni pan , ni otra muda de ropa, ni zapatos. Son embargo nada les faltó. Pero en la vigilia de la pasión , la situación está profundamente cambiada. No sólo Jesús ordena llevar talega y bolsas, sino también nos pide vender el mantel para poder comprar una espada material. A los discípulos que cayeron en el engaño de su palabra enigmática y le presentaron una espada Jesús les dijo : ¡Basta! Truncando bruscamente el discurso.. Pero en ese momento los discípulos demostraban no estar entendiendo las palabras del Maestro. Y uno de ellos golpeó al siervo del sumo sacerdote

e le sacó el ojo derecho. Pero Jesús intervino diciendo: “ ¡Dejad! ¡Basta ya!” Y tocando la oreja le curó”. (Lc 22, 49-51).

La espada en el pensamiento del Señor, es la Palabra misma: “Quien o tenga espada... que compre una. Digo a ustedes que debe cumplirse en mí *esta palabra de la Escritura*: fue salvado entre los injustos”. Jesús, inocente acepta ser salvado entre los inocuos para recatarlos de la injusticia. Aquí se resume todo el significado de la Palabra de Dios: “porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: ‘Ha sido contado entre los malhechores’, Porque lo mío toca a su fin (o su perfección)”. (Lc 22, 37c). Jesús en medio de los injustos, se volvió uno de ellos para liberarlos del mal, es el ápice de toda la revelación. Esta solidaridad costó a Jesús el don de su vida y constituye también la afirmación de la autenticidad de nuestra atención. No hay obediencia a la Palabra si o conduce a compartir el camino de la gente, a involucrarnos en sus problemas, llevándonos, si no a las soluciones, al menos a la esperanza que viene de la comunión y de la ayuda recíprocas.

Bajo la cruz

Junto a la cruz María coopera para el sacrificio único que sólo Cristo cumple; sin embargo, como dice el Concilio, “ha avanzado en el camino de la fe y ha conservado fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, donde, con una señal divina, se quedó de pie (Juan 19,25), sufrió profundamente con su Hijo unigénito y se asoció con ánimo materno a su sacrificio (*Lumen gentium* 58). En la escena del calvario está representado lo que sucede en la relación entre Dios y el hombre. La salvación que Dios ofrece implica siempre una relación entre aquel que da y aquél que recibe. De hecho no puede haber salvación si no hay aceptación, no hay una respuesta llena de agradecimiento. Dios nos ama ante todo y ante todo entra en la comunión de la alianza con nosotros; pero espera nuestra aceptación para que su alianza pueda ser definitiva. Dios quiso hacer que su Verbo existiera en la carne por medio del *fiat* de María. A propósito, texto ecuménico preparado el grupo Dombes cita una página del teólogo protestante del siglo XIX , Alexandre Vinet: “No decimos: ‘Trabajen, aunque Dios sea el que los invita a querer y a hacer’, sino que con el Apóstol: ‘Trabajen, porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad’ (Fil 2, 12-13). Se ha dicho que la sabiduría cristiana consisten estar tranquilos como si Dios hiciera todo y de obrar como si no hiciera nada. Corregimos: digamos que él hace todo. Él nos ha hecho a nosotros, nosotros qué hacemos; pero lo hace e nosotros y no quiere hacerlo en otro modo” (n 219). Después el mismo documento continúa, en respuesta a probables objeciones a la misma parte protestante: “Se impone una distinción: la aceptación no es una obra. Aquél que recibe un regalo no participa de ningún modo a la iniciativa del don. Sin embargo el regalo es totalmente regalo solo si es recibido. No hay regalo si el destinatario no lo acepta. De otro modo se tiene solo el ofrecimiento del regalo. El don de Dios que es Cristo en persona se somete a esta ley de la libre aceptación: ‘¡Cuántas veces he querido acoger a tus hijos, como una gallina acoge a sus crías bajo sus alas, y ustedes no han querido!’ (Mt 23, 27). Agustín dirá más tarde: ‘Aquél que te ha creado sin ti no te salvará sin ti’ (Discurso 169, 11, 13). [...] Tal es la paradoja de la Alianza: es unilateral por parte de Dios y se vuelve bilateral para ser efectiva. La Alianza existe antes de la respuesta y su rechazo no la invalida dado que está diseñada por Dios”.

El sí ha sido dicho antes de nosotros por Dios y por Cristo: “Sacrificio y presente no quisiste; mas me apropiaste cuerpo; Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí. Para que haga, Oh Dios tu voluntad” (Heb 10, 5-7 que cita Sal 40, 7-9 LXX) . Es importante que nosotros, por nuestra parte, digamos eminentemente sí (n. 220, 222).

El sí que María dice a Dios se expresa en la disponibilidad de perder a su Hijo Jesús y en acoger como hijo al discípulo amado, ósea, cada creyente, hermano de Jesús. María acoge como hijo al discípulo amado y el discípulo amado acoge en su casa a María como madre. De la cruz de Jesús nace la nueva familia, que no está unido por los vínculos de sangre, sino por la fe y por el servicio. Esta es la voluntad del Señor: salvarnos como un solo cuerpo viviente en la comunión y en la solidaridad, en comunidad de hermanos y hermanas que se ayudan en el camino hacia el Reino. Jesús resucitado ratifica esta realidad cuando llama “hermanos” a sus discípulos y Dios “Padre suyo y Padre de ellos” (cfr. Juan 20,17; también Mt 28,10).

La virgen gloriosa en el dolor

Dice la *Regla de Vida* que nosotros debemos aprender de la participación de la Madre en la misión redentora del Hijo a “comprender, llevar y valorizar los sufrimientos humanos” (art. 7). Nuestra existencia en medio de la gente debe traducirse en la participación a los problemas de los otros (comprender), en la ayuda que se ofrece en las dificultades (llevar), y también en el indicar un valor que existe en el dolor. Este es en realidad el carisma de la vocación “secular” y, más propiamente, de una vocación secular que surge en el centro de la Orden de los Siervos de Santa María. Desde los orígenes el servicio que la Orden ha prestado a los enfermos, a los pobres y a los peregrinos se ha inspirado en la *Mater dolorosa*. En la *Leyenda “vulgata”* de san Felipe, n. 8, se dice : “nos llamamos Siervos de la Virgen gloriosa, de cuya viudez llevamos el hábito”^[24]. La virgen es gloriosa y al mismo tiempo adorada, y así los siervos la han representado también en el campo del arte. Todos tenemos las imágenes hermosas de la *Madonna del Bordone* (Siena, 1261) y de la *Majestad de los siervos* (Orvieto, 1268), ambas de Coppo de Marcovaldo. El tipo iconográfico es el de la “Majestad” – la madre de Dios sentada en el trono, con el niño sobre las piernas y servida por ángeles y santos- revestida de un manto negro reavivado por dobleces dorador. La virgen gloriosa está revestida con el hábito de la viudez: es la Madre gloriosa y al mismo tiempo la mujer caracterizada por el sufrimiento. Gloriosa porque aun en el sufrimiento resplandece con la luz de Dios. Ayudar a las personas que sufren a descubrir un sentido también en el dolor es parte esencial de la vocación del Regnum Mariae que es así como obedece a lo que prescribe el artículo 26 de su *Regla*: “Contempla e imita a María, sierva fiel del Señor, que en su disponibilidad conciente a la voluntad de Dios ha generado a Cristo y durante su existencia ha colaborado a su obra de amor y redención”.

5. ESPERANZA DE UNIDAD

Palabra para la lectio: «Una sola es la esperanza a la cual han sido llamados» (Ef 4, 4)

Regla de Vida RM 7: «[Cada hermana] trabaja para que la Virgen, ejemplo de confianza en el Señor, constituya para todos los hombres inseguros y divididos de nuestro tiempo una señal de esperanza y de unidad.»

Cada hermana, dice el artículo 7 de la *Regla de Vida*, debe trabajar de modo que a través de su vida la Virgen María se vuelva para todos un signo de esperanza y de unidad. Estos dos términos aparecen relacionados en manera significativa: la esperanza tiene como objeto la unidad, y la unidad a su vez es fuente de esperanza.

En esta ficha haremos referencia, primero, al capítulo octavo de la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, del Concilio Vaticano II, para recordar referencia solo a algunas expresiones que nos ayuden a entender en que sentido la Virgen María sea para nosotros signo de esperanza y de unidad. Luego, partiendo de Ef 4, 4,

veremos en modo sintético como el Antiguo y Nuevo Testamento hablan de la esperanza. Concluiremos con alguna referencia a la misma *Regla de Vida*.

La esperanza del peregrino

«Dichosa tu que has creído, en el cumplimiento de las palabras del Señor» (Lc 1, 45): el grito que Isabel dirige a María expresa el comportamiento espiritual fundamental de aquella que es para nosotros “ejemplo de confianza en el señor”. Fe, confianza y abandono: las Sagradas Escrituras expresa con una sola palabra (*pistis*) el comportamiento de quien tiene el valor de creer en Dios y de ponerse totalmente en sus manos. Es el valor de los pequeños y de los pobres que saben que no pueden contar sólo con sus fuerzas. La Virgen, desde la anunciación a Pentecostés, ha caminado con el valor de la fe; por eso, dice el concilio, “ella se distingue de entre los humildes y los pobres del Señor, los cuales con confianza esperan y reciben de Él la salvación” (*Lumen gentium* 55)

Para que la Virgen fuera madre de su Hijo, Dios la volvió “criatura nueva”, o sea simplemente criatura, que se reconoce dependiente de su Creador, sierva obediente que responde a la palabra de su Señor con un sí lleno y libre. “María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, se convirtió en madre de Jesús y, abrazando con todo el ánimo y sin ser atrapada por ningún pecado, la voluntad divina de salvación, se ofreció totalmente como la sierva del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, poniéndose al servicio del misterio de la redención por debajo de él y con él, con la gracia de Dios omnipotente. Entonces justamente los santos padres retienen que María no fue instrumento meramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación del hombre con la libre fe y obediencia” (LG 56).

Como se decía en la cuarta ficha, la cooperación de María a la salvación deriva de la íntima relación que ella ha conservado siempre con Jesús, ya sea durante la infancia (cfr. LG 57) como en la vida pública de su Hijo. “Durante la predicación del Hijo recogió las palabras con las cuales el, exaltando el reino sobre las condiciones y los vínculos de la carne y de la sangre, proclamó beatos a aquellos que escuchan y conservan la palabra de Dios (cfr. Mc 3,35 par.; Lc 11, 27-28), como ella misma hacía fielmente (cfr. Lc 2, 19 y 51). Así también la beata Virgen avanzó en el camino de la fe y se conservó fielmente unida con su Hijo hasta la cruz, donde, no sin un diseño divino, estuvo firme (cfr. Juan 19, 25), sufrió profundamente con su Hijo unigénito y se asoció con ánimo materno al sacrificio de él, amorosamente conciente de la inmolación de la víctima que de ella nació” (LG 58).

La estrechísima unión de la Virgen madre con Jesús se refleja en la Iglesia, también ella virgen y Madre. “La madre de Dios es la figura de la Iglesia [...] en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo [...] La Iglesia, contemplando la arcana santidad de María, imitando la caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, [...] también ella se vuelve madre, porque con la predicación y el bautismo genera una vida nueva e inmortal a sus hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Ella también es la virgen que custodia íntegra y pura la fe dada por el Esposo, y a imitación de la madre de su Señor, con la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente íntegra la fe, sólida la esperanza, sincera la caridad” (LG 64).

La fe de María, peregrina como nosotros en este mundo, nos ayuda a entender que no tenemos una meta que conquistar, sino un camino que cumplir. No podemos llegar a poseer nada, solo a nutrir la esperanza de alcanzar la plenitud. La virgen María nos invita a ser fieles a la esperanza, también cuando seamos tentados por la desconfianza y el

desgano. “La madre de Jesús, como en el cielo, ya glorificada en cuerpo y alma, es la imagen y la primicia de la iglesia que deberá tener su cumplimiento en el futuro, así sobre la tierra brilla como un sueño de segura esperanza y de consolación para el pueblo de Dios en marcha, hasta que no llegue el Señor (cfr. 2 P 3, 10)” (LG 68).

Este pueblo peregrino, que nos recuerda la visión, descrita por el profeta Isaías, del río de multitudes que suben hacia el monte de Sión (cfr. Is 2, 2-5), manifiesta el contenido de la esperanza del creyente: no esperanza que tiene que ver la felicidad del individuo, sino la que une personas y pueblos diversos, porque nosotros no subimos individualmente hacia Dios, sino junto a los demás. Nuestra esperanza es una esperanza que nos acomuna como hermanos y hermanas. Es significativo que el capítulo octavo de la *Lumen gentium* se cierre con la prospectiva de la unidad del género humano, y es María la que intercede para que alcancemos esta meta: “Todos los fieles hacen oraciones insistentes a la Madre de Dios y madre de los hombres, para que ella, que con sus oraciones ayudó a las prioridades de la iglesia, también ahora en el cielo exaltada sobre todos los beatos y los ángeles, en la comunión de todos los santos interceda con su Hijo, hasta que todas las familias de los pueblos, ya sea la familia cristiana o aquella que no conocen a su Salvador, en la paz y en la concordia sean felizmente reunidas en un solo pueblo de Dios, en la gloria de la santísima e indivisible Trinidad” (LG 69).

Confianza

María alimenta la esperanza del pueblo en camino hacia la realización de una humanidad fraterna y unida. Por este motivo la elección de la “palabra para la *lectio*” se basa en la carta a los Efesios, que tiene como objetivo el de salvar la unidad eclesial – la palabra *unidad* aparece en toda la Biblia solo en Ef 4, 3 y 13- llamando a los creyentes a la novedad de la vida cristiana abrazada por ellos. El peligro de la iglesia, formada por cristianos de diferente proveniencia religiosa y cultural, era el de dar una mayor importancia a la componente proveniente del paganismo sobre la que proviene del hebraísmo. A la primera se le recuerda como participe en la riqueza de Israel (cfr. Ef 2,11-22). Por eso es necesario eliminar todo sentimiento de superioridad y tender a la paz que es Cristo mismo : «Él es nuestra paz, el que hizo de dos uno solo, derrumbando el muro de separación que estaba en medio, o sea la enemistad, anulando, por medio de su carne, la ley hecha de prescripciones y de decretos, para crear en si mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz» (Ef 2, 14-15, cfr. 4,3). La comunidad eclesial, hasta en la diversidad de las experiencias de sus miembros , deriva de una voluntad salvadora de Cristo que es anterior a la misma fundación del mundo (cfr. Ef 1,3.4.5.11-12): desde siempre Dios ha pensado en una comunidad de salvados en Cristo su Hijo, escondiendo en ella un “misterio” (cfr. Ef 1, 9), o sea, el diseño de «reunir todas las cosas en Cristo» (Ef 1, 10). La comunidad, en su unidad, debe ser el signo de la meta final hacia la cual, en el diseño de Dios, el mundo entero se dirige. La conciencia de ser depositaria de este “misterio” exige de la iglesia una vida conforme y a la vez abierta a una relación de confianza con el mundo. El mundo no es una realidad mala; contiene una orientación positiva, y esta visión del mundo es sin duda muy importante para una vocación “secular” que quiere permanecer en el mundo como fragmento escondido que haga levitar todo lo bueno que existe en el mundo.

Solo a la iglesia la carta a los Efesios atribuye la cualidad de cuerpo de Cristo (1, 23; 2, 16; 4, 4.12.16; 23.30), lugar de la plenitud de su gracia y de sus dones (3, 19; 4 , 10.13; 5, 8); sólo la iglesia es esposa de Cristo (cfr. 5, 25-30). Pero también el mundo pertenece a Cristo, es puesto al bajo el dominio de Cristo y está en tensión hacia ella. Con su unidad la Iglesia debe dar testimonio de esta «multiforme sabiduría de Dios» (Ef 3, 10),

elevando su himno de alabanza al «solo Dios, Padre de todos, que existe sobre todos, por medio de todos y está presente en todos» (Ef 4, 6).

Tener viva la esperanza de la unidad es la tarea del ministerio de la iglesia. Existen algunos ministerios específicos (cfr. Ef 4, 11) alrededor de los cuales se articula la comunidad. Pero existe también una “diaconía” que envuelve a todos los miembros de la iglesia. «A cada uno de nosotros se nos dio la gracia según la dimensión del don de Cristo» (Ef 4, 7). Este “nosotros” comprende a toda la comunidad, como se indica en la cita del salmo 68, 19 que sigue inmediatamente (4,8: «repartió dones a los hombres») y en la expresión del v. 10 : «Aquel que desciende es el mismo que asciende... para llenar todas las cosas». En la comunidad los ministerios específicos fueron instituidos por Dios no como promoción de los individuos, sino con el objetivo de «volver idóneos a los hermanos para que cumplan el ministerio, con la finalidad de edificar el cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un hombre perfecto, en la medida que conviene a la plena madurez de Cristo» (4, 12-13). Todos somos siervos de la unidad. Es este el verdadero servicio de la Iglesia, el servicio en el cual los cristianos encuentran su identidad profunda: un servicio nutrido por la esperanza, porque el fin último del mundo es bueno y juntos podemos trabajar para hacer surgir todas las posibilidades del bien que están sembradas en él.

Esperar en contra de toda esperanza

«Una sola es la esperanza a la cual son llamados» (Ef 4, 4). Esta esperanza, que se contrapone a los sueños imposibles (cfr. Sir 34, 1-18), es Dios mismo, al cual Israel se dirige con un apelativo que no choca – al menos eso parece- con el mundo religioso antiguo: «Tú eres mi esperanza» (Sal 71,5); «Tú, esperanza de Israel» (Jer 14, 8; 17, 13). Es el Señor el único fundamento y la gracia de la esperanza del hombre. Israel espera en Dios, de hecho Dios es la esencia de su esperanza, porque Dios es fiel y no desilusiona las esperanzas humanas (cfr. Is 8,17; Sal 42,6). Si en el pasado mantuvo sus promesas de salvación, Dios hará lo mismo para el futuro. Se entiende porque la tradición bíblica da tanta importancia al tema recuerdo – memoria – meditación: el recuerdo de cuanto Dios ha hecho en función de un futuro que ya se actualiza en el presente (cfr. Dt 7, 17, 21; Jdt 8, 26 – 27; 1 Mac 2, 61-61; 2 Mac 8, 19 – 20; 13, 19; 15, 7 –11). En la asamblea litúrgica el pueblo se educa a celebrar el memorial de la gesta de su Señor. De esta reflexión comunitaria nace la esperanza de que Dios mantendrá sus promesas también en el futuro.

Comenzando por Abraham y luego con la salida de Egipto y el ingreso a la tierra, Israel experimenta también la esperanza en Dios no le hace olvidar la historia en la cual vive. La esperanza en Dios lo establece cada vez más en esta vida, lo conduce en las calles de la liberación de la esclavitud y lo introduce en una tierra de libertad y de comunión.

Israel espera en Dios pero no puede presumir de haberse construido un futuro como quiere ni recibe garantías para esta vida. La esperanza exige obediencia y pleno abandono en Dios. Es la lección que Israel aprende en el tiempo del exilio, cuando, habiendo perdido todo y también la ilusión de construirse por si solo un futuro, regresa nuevamente a esperar en Dios, el cual le «da fuerza al cansado y multiplica el vigor del inválido. También los jóvenes se cansan, los adultos se tropiezan y caen. Pero cuantos esperan en le Señor recuperan fuerzas, tienen alas como las águilas, corren sin cansarse, caminan sin fatigarse» (Is, 40, 29 – 31).

Es la relación personal con Dios lo que hace que la esperanza se vuelva fuente nueva de vida. Israel debe adquirir nuevamente confianza en el poder del amor divino que busca estar junto a nosotros como un amigo: «Tu Israel, siervo mío./ tu, Jacobo, amado mío,/ descendiente de Abraham amigo mío, [...] no temas, porque yo estoy contigo;/ no te pierdas, porque yo soy tu Dios [...] yo soy el Señor tu Dios/ que te llevo de la diestra/ y te

digo: “No temas, / yo vengo a ayudarte”./ No temas, gusanito de Jacobo,/ larva de Israel;/ yo vengo a ayudarte - oráculo del Señor - / redentor tuyo es el Santo de Israel» (Is 41, 8.10.13-14). Dios busca la intimidad de una relación llena de amor con su criatura: los apelativos “siervo mío”, “amado mío”, “descendiente de Abraham”, quieren decir que Israel es propiedad del señor, que en Israel, el amado, Dios se reconoce a si mismo. Al mismo tiempo llamando a Israel “gusanito” o “larva”, Dios le recuerda su condición de impotencia y de fragilidad. El ser siervo elegido y amado por Dios no transforma a Israel en una especie de superpueblo. Él es pobre, finito y mortal como los otros pueblos; su fuerza no está en sus posibilidades, sino en Dios.

Dios es fiel, pero también es soberanamente libre. La fidelidad de Dios se concretiza en el cumplimiento de las promesas hechas a los padres, superando al mismo tiempo las expectativas humanas. El misterio de Dios es inagotable y no puede ser obligado dentro de las posibilidades ofrecidas por la historia humana. El misterio de Dios está más allá de toda esperanza, es una novedad impredecible. «Así dice el Señor/ que ofrece una vía en el mar/ y un sendero en medio de las aguas furiosas,/ que hacen salir carros y caballos,/ ejércitos y héroes juntos [...] No recuerden las cosas pasadas,/ no piensen en las cosas antiguas! Aquí está, hago una cosa nueva:/ justo ahora germina, no lo notan?» (Is 43,16 – 19). El nuevo éxodo no será la repetición pura del éxodo egipcio. La fe y la esperanza no se fundan en los hechos descontados, sino que son la prospectiva de un futuro siempre nuevo. Se comprende como la esperanza nos obligue a una lectura inteligente de la vida, para poder interpretar la fuerza nueva que contiene, nos libere al mismo tiempo de las falsas seguridades, de juicios dados alguna vez por todas.

La esperanza es confianza en el Dios que crea siempre. En este punto se debería leer el capítulo 4 de la carta a los Romanos, donde toda la fe de Israel, desde Abraham hasta Cristo, es vista como adhesión a la potencia creadora de Dios, en la desilusión, en la contrariedad, en la experiencia de muerte que señala la existencia humana. En particular hay que tener presente Rm 4, 17–25. La fe y la esperanza de Abraham no prescinden de la realidad que está viviendo, de la situación concreta de persona ya vieja, imposibilitada para generar. Por eso Abraham «es nuestro padre frente a Dios en el cual creyeron, que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que todavía no existen. Él tuvo fe esperando contra toda esperanza».

Esperar que la vida es siempre posible, también cuando nos parece que llegamos a un punto muerto. Este es el anuncio que impacta de la resurrección de Jesús. Cristo ha sido resucitado por Dios como «primicia de aquellos que mueren», «primogénito de muchos hermanos» y «espíritu vivificante» (1 Cor 15, 20 – 57; Rm 8,9; Col 1, 18). Su victoria es victoria para nosotros en cuanto es el cumplimiento de la promesa de Dios e inauguración del futuro de la humanidad, del mundo y de la historia (cfr. Col 1, 15-20; Ef 1, 10.20-23). En este sentido la resurrección esta al origen de la esperanza cristiana: ella abre nuestro mundo, cerrado en la muerte y en la culpa, hacia el futuro. En Cristo resucitado Dios ha derrotado por siempre a las fuerzas del mal que se oponen a su reino y juntos nos han dado la certeza de que la historia no terminará en un fracaso.

Es por esta esperanza – certeza que nosotros luchamos en esta vida también cuando nos parece que las fuerzas del mal, de la violencia y de la maldad sean ganadoras y el futuro nos parece oscuro^[25]. «Nosotros nos sentimos orgullosos también en el sufrimiento, aún sabiendo que el dolor produce paciencia, la paciencia es una virtud probada, y la virtud probada es la esperanza. La esperanza no desilusiona, porque del amor de Dios han sido llenados nuestros corazones por medio del espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 3-5). La esperanza cristiana radica en la cruz, o sea nace al interior de la lucha cotidiana contra todo poder, interno y externo, que nos impide resurgir. La esperanza, que se funda

en la pascua, aquí, en nuestra historia presente vive la oscuridad de la cruz, asume todo el peso del vivir concreto y cotidiano sin alguna evasión en el sueño y en la fantasía. La esperanza cristiana evita todo “entusiasmo”, en el sentido de ilusión o presunción de ser ya poseedores de los dones de Dios (cfr. sobre todo 1 Cor 4, 8 – 13; 2 Cor 4, 7 – 18). Como María, esta en la cruz, fuerte en la fe que también de la muerte surge la vida.

Conocer la realidad contemporánea

A los hombres inseguros y divididos de nuestro tiempo les debemos llevar este mensaje de esperanza. Hombres inseguros, hechos tales por la dureza y los desengaños de la vida (cfr. el artículo 18 de la *Regla de Vida*, que recuerda “el cansancio y la inseguridad de la mayor parte de los hombres”), incapaces de creer que el mundo puede cambiar, puede ser mejor; hombres inseguros, porque no encuentran en ellos mismos la fuerza de creer en la bondad escondida de este mundo, la fuerza de confiar en el amor de Dios. Es por eso, justo por esta dolorosa inseguridad, hombres divididos, encerrados en los pequeños mundos de sus intereses inmediatos y de sus ideologías.

El compromiso de cada hermana será el que se encuentra del artículo 56 de la *Regla de Vida*, que invita, mas que al conocimiento de la Escritura y de la liturgia, a un “serio estudio” de la realidad contemporánea, para “participar de modo más conciente y con sentido de responsabilidad de la vida y el camino de la fe de la Iglesia y del mundo [...]. Este itinerario de conocimiento [...] te ayuda a dar un testimonio de vida integra en la fe, paciente en la esperanza y perseverante en la caridad”.

6. SIGNO DE UNIDAD

Palabra para la lectio: «Solían reunirse de común acuerdo para orar en compañía de algunas mujeres, de María la madre de Jesús y de los hermanos de este» (Hch 1, 14).

Regla de Vida RM7: «[Cada hermana] se empeña para que la Virgen, ejemplo de confianza en el Señor, constituya para todos los hombres inseguros y divididos de nuestro tiempo, un signo de esperanza y de unidad».

En el esquema anterior, se subrayó el hecho que María pudiera alimentar la esperanza hacia la realización de una humanidad fraterna y unida. Se continúa sobre esta línea, a través de una reflexión de Hechos 1, 14 y de su contexto.

En el mismo lugar

Después de la despedida de Jesús de este mundo, el grupo primitivo de sus seguidores se encuentra reunido, dicen los *Hechos de los Apóstoles*, «en el mismo lugar» (Hch 1, 15). En 1, 13 este lugar se identifica con el «piso superior» de un local, que parecería ser el mismo de la última cena (cfr. Lc 22, 11-12; Mc 14, 14-15). La expresión griega *epì to ayto*, «en el mismo lugar», se traduce en diversas maneras en la Biblia de la CEI: en Hch 1, 15 con (las personas) *reunidas*; e Hch 2, 44 con *justos*; en Hch 2, 48 con *comunidad*; sólo en Hch 2, 1 se mantiene el sentido literal (“en el mismo lugar”).

Las personas reunidas en el piso superior son los Once, algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y los hermanos de éste. Todos ellos son «perseverantes unánimemente en la oración» (Hch , 14). A este grupo se les unieron otras personas hasta llegar a un número aproximado de 120 (cfr. Hch 1, 15).

Los Once, las mujeres, María y los hermanos de Jesús, son ya tres grupos diferentes entre ellos por condiciones de vida, forma de la llamada al seguimiento, itinerario de fe.

Los apóstoles, elegidos por Jesús a partir del grupo más grande de los discípulos (cfr. Lc 6, 12-16 y paralelos), llevan en su número (once, ya no doce) el signo doloroso de la traición y del abandono al Maestro.

Las mujeres han seguido a Jesús desde Galilea, lo han ayudado en su ministerio itinerante, poniendo a su disposición los propios bienes (cfr. Lc 8, 3). Se distinguen de los Once por una fidelidad que no desvaneció en la hora decisiva de la prueba: algunas de ellas fueron espectadoras mudas, aunque si desde lejos, en la crucifixión (cfr. Lc 23, 49), otras se encontraban con la madre a los pies de la cruz (cfr. Jn 19, 25). La mañana de pascua se dirigieron al sepulcro para embalsamar el cuerpo de Jesús, pero no lo encontraron: de hecho Aquél que está vivo, ya no debe buscarse entre los muertos, sino en otra parte (cfr. Lc 24, 1-8). La búsqueda de las mujeres tuvo necesidad de una corrección, pero fue igualmente caracterizada por un afecto sincero y por una profunda unión hacia Jesús.

Los hermanos de Jesús aparecen juntos con la madre en Mc 3, 31-35 (cfr. Mt 12, 46-50; Lc 8, 19-21): ellos, permaneciendo «afuera», preguntan por Jesús y esperan que sea él a salir a encontrarlos. En cambio, Jesús declara que la relación con los discípulos es más profunda que las relaciones familiares (cfr. Mc 3, 33-35 y paralelos), por lo que sus hermanos y la madre no pueden seguir estando afuera, sino que deben entrar en el círculo de aquéllos que están alrededor de Jesús y escuchan su palabra. La respuesta de Jesús es tal vez el inicio de un contraste entre su familia natural y la nueva familia de los discípulos. Los hermanos, dicen los evangelios, mostraban una hostilidad y dudas (cfr. Mc 3, 21) y no creían en Jesús (cfr. Jn 7,5).

Ahora, en Jerusalén, estos tres grupos «perseveraban unánimemente en la oración» (Hch 1, 14). El verbo griego *pros-karterein* (*perseverar*) transmite la idea de un permanecer firmes, con fuerza, adheridos a algo. En la carta a los hebreos esto (aunque si falta la preposición inicial *pros* que acentúa el aspecto de la resistencia perseverante) califica la fe firme y poderosa de Moisés que «permaneció firme, como si viera al Invisible» (Heb 11, 27). El verbo está unido a la oración, además de en Hch 1, 14, también en Hch 2, 42; 6, 4; Rm 12, 12; Col 4, 2. Perseverar en la oración requiere valor; es la condición para recibir al Espíritu Santo (se relaciona a la nota de Hch 1, 14 en la Biblia de Jerusalén). La oración debe ser hecha «unánimemente», como si aquellos que oran formaran una sola alma, una sola persona. Es un término que es casi exclusivo de los Hechos (en el Nuevo Testamento, fuera de los Hechos, se encuentra una sola vez en Rm 15, 6) e indica a la comunidad reunida no sólo en oración (Hch 1, 14; 2, 46; 4, 24), sino también en los encuentros (Hch 5, 12), en la escucha de la palabra (8,6), en el atribuir a los hermanos tareas especiales (Hch 15, 25).

Por lo tanto, sostenidos por una fuerza nueva que los hace fuertes en el camino iniciado y los une con una profunda unión interior, los tres grupos de los Once, de las mujeres, de María y de los hermanos de Jesús, esperan al Espíritu Santo prometido por el Señor. ¿Cuál es la fuerza? Es la fe en Jesús resucitado que los hace capaces de iniciar y de vivir nuevas relaciones.

Los hermanos de Jesús

Los Once llevan dentro de ellos la herida de la traición a Jesús. Han iniciado el camino de regreso, gracias a la iniciativa de Jesús, que en primera persona, los ha llamado nuevamente “hermanos” (cfr. Mt 28, 10; Jn 20, 17) y se preocupan por llenar el vacío dejado por Judas. Pedro se levanta «en medio a los hermanos» - ahora el término debe entenderse en sentido más amplio de “los hermanos de Jesús” e incluye a todas las 120 personas que se encontraban «en el mismo lugar» (Hch 1, 15) -, se relaciona a la Escritura - «era necesario que se cumpliera lo que en la Escritura había sido indicado por el Espíritu Santo de la boca de David concerniente Judas, que guió a los que arrestaron a Jesús» (Hch 1, 16) – y propone sólo como criterio de elección, la relación con Jesús (cfr. Hch 1, 15-26). Judas, que había sido parte del número de los apóstoles y había recibido el mismo ministerio (Hch 1, 17), ha abandonado la comunión «para irse a su propio lugar» (Hch 1, 25). También los otros discípulos se dispersaron yendo «cada uno por su cuenta» (Jn 16, 32); pero habían vuelto a encontrar el camino, antes que todos, el mismo Pedro que, después de haber negado al Maestro, «lloró amargamente» (Lc 22, 62 y paralelos) y se encaminó de nuevo detrás de Él, como el discípulo pecador y penitente. Judas, en cambio, «se alejó» (Mt 27, 5) y se hundió en la desesperación. Ya que Judas dejó la comunión con Jesús – única esperanza que podía salvarlo -, es necesario elegir a uno que se haya encontrado en comunión con Jesús: «por lo tanto, era necesario que entre aquellos, que nos habían acompañado durante todo el tiempo en el que el Señor Jesús vivió en medio de nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en el que subió al cielo ante nosotros, otro se vuelva, junto con nosotros, testigo de su resurrección» (Hch 1, 21-22).

Llenado el vacío y encontrada la unidad en la relación con Jesús, los 120 “hermanos” se convierten en el terreno adecuado en donde se desarrollan los retoños nuevos con el soplido de vida del Espíritu. Mientras un viento impetuoso llena toda la casa en donde están reunidos; lenguas de fuego se dividen sobre cada persona (cfr. Hch 2, 1-4). El Espíritu es uno solo, muchas son las lenguas. Uno solo es el lugar en donde están reunidos, pero cada uno habla la propia lengua, es libre de expresarse a sí mismo. Se entiende cómo el estar «en el mismo lugar» tiene un valor espiritual, interior; habla de la tensión de tantos hacia Uno, hacia Dios, hacia El que abraza el universo pero reconoce la voz de cada criatura individual (cfr. Sb 1, 7).

María entre los hermanos

María se encuentra en medio a los apóstoles, a las mujeres y a los hermanos de Jesús. Los Hechos no la volverán a mencionar, y sin embargo, su presencia llena de sí misma no sólo los orígenes de la iglesia, sino toda su historia, por qué es el modo de estar en medio a los hermanos y a las hermanas que revela la naturaleza de la comunidad cristiana. En esta comunidad, la Madre no tiene papeles particulares; simplemente es aquella que está junto a los otros, toma parte de su vida, de su oración, de su espera, y así coopera a la construcción de una iglesia unida en el amor.

Este significado de la presencia de María entre los hermanos, es puesto a la luz por dos momentos fundamentales de la vida de Jesús según el evangelio de Juan. Después del milagro de las Bodas de Caná, Jesús «baja a Cafarnaún y [con él] su madre, los hermanos y sus discípulos» (Jn 2, 12). Sorprende la referencia de los “hermanos”, a los cuales nunca se había hecho mención durante la narración: ¿es posible que el evangelista quiera sugerir la idea que la fe en Jesús construye una comunidad de hermanos? En esta comunidad, está presente ahora la madre. Lo mismo sucede en el Gólgota: Jesús entrega

la madre al discípulo amado, y a la madre, el discípulo amado (Jn 19, 26-27), curando así cualquier tipo de fractura y uniendo a la madre y al discípulo en una relación nueva, entrelazada por el sacrificio de la cruz.

Silenciosa y escondida, es la presencia de María en medio de los hermanos: e igualmente es una presencia decisiva para la edificación de una comunidad alrededor de Jesús. De ella tenemos mucho que aprender: aprender a crear relaciones siempre nuevas con todos, a no poner en primer lugar nuestra persona, a hacer espacio a los demás, a acoger con afecto y cuidado y hasta a dejarnos acoger por los demás con humildad y agradecimiento.

Al inicio del siglo XIX, Johann Adam Möhler, que trató de estudiar la realidad de la iglesia a la luz del Espíritu santo, sintetizó muy bien, el estar juntos de la comunidad eclesial: «En la vida de la iglesia son posibles dos posiciones extremas, ambas egoístas: cuando *cada uno* o bien *uno* quiere hacer todo. En el segundo caso, el vínculo de la unidad se vuelve tan estrecho y el amor tan invasor, que no se puede evitar el asfixiarse; en el primer caso, todo se dispersa y se enfría hasta la congelación total; un tipo de egoísmo da origen al otro; pero no es necesario que uno o cada uno quiera hacer todo; sólo todos juntos pueden hacer todo y sólo la unidad de todos puede estar en todo. Esta es la idea de la iglesia católica»^[26].

Una familia reunida en el nombre de Jesús

La idea de unidad recorre toda la Regla del Regnum Mariae: en varias formas, cada capítulo hace referencia a esto. La vocación secular incluye «una presencia escondida en el mundo... y la capacidad de un testimonio solitario» (art. 68) y junto a la voluntad de construir «una familia reunida en el nombre de Jesús» (art. 1), en el cual todas viven «unidas en una caridad las unas a las otras» (art. 3). La inserción en el mundo es auténtica en la medida en la que se es sostenida por el deseo a la unidad, en el compartir que el Señor Jesús, «conociéndonos una a una, nos llama y nos une para vivir un itinerario espiritual común» (art. 64). A partir del ofrecimiento que cada una hace de si misma a Cristo, amado sobre todas las cosas (art. 9), florece una fraternidad que abraza a cada persona y a toda la creación (art. 10). La comunión con el Señor, fuente de todos los dones, nos libera de las preocupaciones de nosotros mismos y nos abre al aprecio y al agradecimiento de todo don dado a los hermanos: «Sé agradecida por todo aquello que constantemente recibes de Dios y de los hermanos, contenta por los dones que poseen los otros» (art. 16). «Consciente que los dones recibidos deben ser compartidos con los hermanos, ponte a disposición de tus hermanas y de todos. La pobreza interior te hará atenta y capaz de acoger, de escuchar y de dialogar» (art. 17).

Como lo era en los Hechos de los apóstoles, la oración alimenta a la comunión con el Señor y con los hermanos. El rezar juntos es el lugar más apto para crecer en la unidad (cfr. Art. 34): «aquella unidad que Cristo pidió al Padre para sus discípulos, y que es fruto de una incansable oración» (art. 36).

La Virgen María es el modelo inspirador de la formación permanente, que involucra toda la vida (art. 55: «Sé disponible, como la Virgen, a la acción del Espíritu santo y sé correspondiente a ella»). Es la Virgen del cenáculo nuestra maestra: «De María, que desde el cenáculo sostuvo en la fe a la primera comunidad eclesial, aprende el estilo evangélico de fraternidad que debe caracterizar tu forma de presentarte ante las hermanas, ante todos

los hermanos y, en particular, ante todos aquellos que son llamados a guiar a la Iglesia de Cristo» (art. 45). Con su comunión, las hermanas son signo de expresión de una comunión más grande que abraza a toda la iglesia, con la cual comparten «las ansias y las soledades» (art. 5).

Varios medios ayudan a perseverar con valor en la unidad: la fidelidad a los encuentros comunitarios (art. 41: «Cada reunión a nivel de Familia (grupo, zona, asamblea y otras) constituye un momento particular de unidad, de comunión fraterna y de manifestación de la voluntad de Dios, porque se realiza la presencia del Señor prometida a los discípulos reunidos en su nombre»); la obediencia a la regla, a las decisiones comunes, a las indicaciones de las responsables (art. 24: «comprométete a actuar con fe y amor la Regla de Vida, las decisiones de la asamblea y del consejo central, las indicaciones de las responsables y aquellas que emergen en los encuentro fraternos. De tal manera contribuirás en forma válida a construir la unidad que quiere Cristo»); el servicio de la hermana mayor, que es signo de la unidad de las hermanas (art. 103) y ha recibido la tarea de «animar la unidad de la Familia y promover la participación activa de todos» (art. 105/a).

También en la familia paterna, la hermana será signo de unidad y de paz, trayéndoles la contribución del propio afecto y del propio trabajo (art. 51).

7. LA MUJER VESTIDA DE SOL

Palabra para la lectio: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38)

«Bendita tú entre las mujeres» (Lc 1, 42)

«En el cielo apareció un signo grandioso: una mujer vestida de sol...» (Ap 12, 1ss)

Regla de Vida RM 7: «A ella, expresión de los más altos valores femeninos, uno se inspira para realizarse plenamente como mujer y para comprometerse en un servicio de amor aún hasta llegar al sacrificio».

La *Regla de Vida* afirma que María es la «expresión de los más altos valores femeninos». Con esto no se quiere decir que tales valores pertenezcan exclusivamente a las mujeres y sólo estén relacionados con ellas. La figura de María cuestiona a cada uno de nosotros y de cada uno, hombre y mujer, pide la conversión a aquellos valores que ella encarna con su vida de discípula y madre del Señor.

En este esquema se ponen en evidencia algunos de estos valores, así como emergen de las palabras del Nuevo Testamento propuestas para la lectio.

Fe y amor

«Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Con esta respuesta de María, la escena de la anunciación recibe un sello que revela el sentido profundo. La Virgen es el pueblo de Israel, es cada uno de los creyentes que se confían en la palabra de Dios y da su consentimiento pleno, su obediencia (cfr. Ex 19,8). Obediencia que no es renunciar a poner en acto todas las capacidades personales de intuición, de participación, de comprensión. La escucha de María es una escucha activa: María se pregunta sobre el sentido del saludo del ángel (cfr. Lc 1,29); espera que esta palabra pueda realmente cumplirse en ella (Lc 1, 38: «se cumpla en mí»); conserva e interpreta en su corazón el significado profundo de la palabra que se le ha dirigido (Lc 2, 19. 51). «La Virgen del fiat es una mujer que decide. La tradición cristiana ha revelado repetidamente la sabiduría de

la cual da prueba María de Nazaret en el diálogo con Gabriel y la importancia de su consentimiento en relación a la salvación del género humano. En el episodio de la anunciación, la Virgen se muestra capaz de una autonomía y capaz de asumir responsabilidades que habrían podido crearse alrededor de ella, dado el contexto social religioso cultural, maravilla, incompreensión y un rechazo escandalizado»^[27].

La fe es búsqueda incesante, es deseo de conocer; se nutre también de las dudas que inevitablemente encuentra y que la empujan a ir más allá. La fe es la certidumbre de que nada es imposible para Dios (Lc 1, 37): Él, crea continuamente cosas nuevas, situaciones nuevas, nos dirige preguntas nuevas; depende de nosotros, como lo fue en María, seguirlo fielmente en su libertad creativa y volvernos nosotros mismos libres. Aquí está el verdadero sentido de la virginidad de María. Pido ayuda a un sabio conocedor para expresar esta verdad tan importante para el crecimiento de toda persona, de todo cristiano, de un siervo y una sierva de María.

«[La anunciación] es la imagen base de la experiencia religiosa de los Siervos, la imagen que conduce su vida consagrada. En la anunciación María es la *tierra pura* que no conoce hombre, y conjuntamente, la tierra pura *totalmente renovada* de las fuerzas fecundadoras del Espíritu para que en ella nazca la flor más bella como ninguna otra flor ha florecido en la tierra, el Emmanuel, aquél que en su naturaleza humana lleva el misterio del Hijo de Dios»^[28]

En la palabra *no conozco varón*, se expresa el camino de la total liberación de todas las posibles identificaciones en las que podemos caer y permanecer prisioneros:

«identificaciones con el cuerpo físico, con la emotividad, con las fuerzas mentales, con aquellas intelectuales, con las construcciones ilusorias de la felicidad terrena y ultraterrena. *No conozco varón* es el estado desnudo perfecto que se alcanza, es el abrazo del Espíritu humano libre de todas las máscaras con la total transparencia y luminosidad del Espíritu divino. Es el discernimiento del carácter ilusorio de todas las construcciones del hombre, el alcanzar la perfecta disponibilidad de la naturaleza humana hacia las fuerzas del Espíritu, la perfecta sumisión de María al Verbo divino, la conquista de la Virginidad del alma sobre la cual el Verbo reposa como una flor sobre la superficie pura del agua. [...] *No conozco varón*: significa tirarse en el abismo del Amor divino, abdicando todo, hasta la propia naturaleza, la propia personalidad, amar prudentemente sólo por amor»^[29].

A la luz de santa María, la sierva pura y sencilla, virginidad quiere decir liberar la vida de todo prejuicio, de todo apego, de toda ideología, de toda inmovilidad.

En la respuesta de María resuena fuertemente el eco de un amor sin límites. Existe una participación del corazón, un deseo intenso que da a su obediencia el calor y la fuerza de una adhesión libre y total. Así debe ser la obediencia hacia Dios: Él no es un patrón, sino un Padre que nos da amor y de nosotros espera solamente amor. Para expresar el detalle escondido contenido en el verbo "se haga", deberíamos convertir así la frase: «Puedan verdaderamente convertirse en realidad las palabras que dices». Jesús ha enseñado a sus discípulos la oración del *Padre nuestro*: «hágase tu voluntad». Sin embargo María, ya la lleva en el corazón, aún antes que Jesús la enseñe; ya siente el eco de una oración que no le es desconocida, porque es parte de su deseo más íntimo. Nuevamente se revela aquí la virginidad de María y nuestra virginidad: un deseo ardiente en el que la vida encuentra su unidad, un deseo que sólo Dios puede colmar. Como Jesús, también María, y nosotros con ella digamos: Mi alimento es hacer la voluntad de Dios (cfr. Jn 4, 34).

Así María es ejemplo para todos los discípulos, hombres y mujeres, que se vuelven tales como resultado de la fuerza de una respuesta de amor que involucra la vida entera. «En su condición concreta de vida [María] se adhirió totalmente y

responsablemente a la voluntad de Dios, [...] acogió la palabra y la puso en práctica; [...] su acción fue animada por la caridad y por el espíritu de servicio; [...] en resumen fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo que tiene un valor ejemplar, universal y permanente» (Paulo VI, *Marialis cultus*, 35).

María es plenamente mujer, es decir, plenamente persona, por este amor sin límites. Por lo que el artículo 7 de la *Regla de Vida* dice que realizarse plenamente como mujer significa «comprometerse en un servicio de amor hasta llegar al sacrificio». Y esta idea resurge otras veces a lo largo del texto de la *Regla*. La encontramos en el artículo 54, a propósito del servicio en el mundo, que se cumple «hasta perder la ... vida por amor», en el art. 57 que identifica la disponibilidad a los demás y una realización plena de sí mismo como mujer; en el art. 63, donde la revisión periódica se vuelve «un momento de crecimiento en el don de sí misma a Dios y a los hermanos».

Gratuidad

Apenas después de haber dicho su “sí”, María se pone en viaje para llegar rápido a una ciudad de Judea. Su obediencia a Dios suscita como primera acción concreta este viaje. La prisa, con la cual se realiza, expresa la alegría de tener a Jesús, pero también la disponibilidad al servicio. Siempre con esta actitud de servicio gratuito María estará presente en las diversas circunstancias de su vida: ella que ha sido colmada de la gracia de Dios (Lc 1, 28), da a todos esta misma gracia. En este sentido ella es verdaderamente “criatura del Espíritu”, criatura cubierta del amor de Dios (cfr. Lc 1, 35) y se convierte ella misma en don para los demás.

María, así como la Iglesia, debe hacerse obediente al Espíritu. Debe reconocer el poder; someterse a Él. Debe, en otras palabras dar espacio en sí misma al paradigma de gratuidad que como Persona Él propone.

No tenemos razones para pensar que María haya renunciado a este paradigma. La Escritura, haciendo excepción a aquellos pasajes que demuestran la dificultad de la familia de Jesús para entender el misterio (cfr. Mc 3, 31-35; Mt 12, 46-50; Lc 8, 19-21), se atestigua un movimiento de María según un paradigma de gratuidad, a través del cual ella expresa su conformidad y al mismo tiempo su sumisión al Espíritu.

Consideremos la rapidez en el dirigirse hacia Isabel (cfr. Lc 1, 39-45), la tipología en la manera de manifestar las maravillas que Dios ha hecho en ella (cfr. Lc 1, 46-55), su comportamiento en el contexto del nacimiento de Jesús (cfr. Lc 2, 19), la presentación en el templo (cfr. Lc 2, 34b-35), en la pérdida y en el hallazgo (cfr. Lc 2, 41-50); aún más consideremos su presencia en Caná (cfr. Jn 2, 1-11), su presencia bajo la cruz (Jn 19, 25-27), hasta la presencia en el Cenáculo (cfr. Hch 1, 14). Nada está forzado en este comportamiento de María. Ella se proclama sierva (cfr. Lc 1, 38.48) en el sentido fuertemente bíblico que este término tiene en la espiritualidad de Israel. Ella se entrega, se abandona a la voluntad de Dios, se adecua al sople del Espíritu.

María se encuentra en el signo de una gratuidad que rompe el esquema egoísta del *do ut des*. Sabe que todo lo que ha recibido es don, es gracia. Y se comporta en consecuencia.

La simetría con la Iglesia, al respecto, rige ciertamente el plano de misterio. No el plano histórico. La Iglesia en el tiempo, de hecho, no siempre manifiesta su sumisión al Espíritu, su ser consciente y conducirse como criatura del Espíritu^[30].

- Llena de Espíritu Santo (cfr. Lc 1, 41), Isabel bendice a María y al fruto de su vientre (cfr. Lc 1, 42), es decir, bendice al mismo Dios que lleva a cumplimiento su promesas, y proclama bienaventurada a la que ha creído y que por esta fe ha hecho posible

el cumplimiento de la palabra. Dos madres se encuentran, diferentes en edad y condición de vida, y no obstante ambas se vuelven capaces de engendrar vida acogiendo el don gratuito que viene del Alto. En la voz de Isabel que bendice, se encuentra el eco de la voz de la comunidad de creyentes, el eco de la alegría que deriva de la presencia de Cristo.

-
-
- **Belleza**
-

- El capítulo 12 es parte del cuerpo central del Apocalipsis – los capítulos 4-20 – y precisamente en la sección que presenta a la comunidad de los creyentes en la lucha en contra de los poderes del mal (capítulos 12-20).

- «En el cielo apareció un signo grandioso» (Ap 12, 1a). El adjetivo “grandioso” se debe tomar no en un sentido cuantitativo, sino calificativo: es un signo que contiene en sí un mensaje de fundamental importancia. La visión incluye a tres personajes. Primero «una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona con doce estrellas» (Ap 12, 1b). Una figura real, por lo tanto, cósmica y celeste; «embarazada y grita por los dolores y el trabajo del parto» (Ap 12, 2). Una figura dotada de una fuerza que supera todos los elementos de este mundo, y al mismo tiempo sumergida en un dolor y en una pena profundos. Después hay «un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y sobre las cabezas siete diademas; su cola arrastra a un tercio de las estrellas del cielo y las hace caer sobre la tierra» (Ap 12, 3). Por último, el niño, un hijo varón dado a luz por la mujer y al cual el dragón trata de devorar. Pero el hijo, «destinado a gobernar todas las naciones con cetro de hierro (cfr. Sal 2, 9), [...] fue de inmediato llevado hacia Dios y hacia su trono» (Ap 12, 5). En cambio, la mujer huye en el desierto, «en donde Dios le había preparado un refugio para que ahí fuera nutrida por mil doscientos sesenta años» (Ap 12, 6).

- El niño es claramente Cristo: su “nacimiento” es la coronación en cuanto Mesías resucitado y glorificado, como lo sugiere la cita del salmo 2. Varios pasajes del Nuevo Testamento consideran el salmo 2 como realizado en este momento de la vida de Cristo. Así lo hace Pablo en su discurso en Antioquía (Hch 13, 32-33) o al inicio de la carta a los Romanos (Rm 1, 4). Y también es el momento de la derrota del dragón, Satanás, que ha creído poder devorar a Cristo con la muerte en la cruz.

- La figura de la mujer ha recibido, en la historia de la exégesis del Ap 12, dos interpretaciones fundamentales, una eclesiológica y otra mariológica. La primera, ya difundida al tiempo de los padres, es hoy la que prevalece; la segunda se encuentra sobre todo en los ambientes monásticos medievales y en la liturgia.

- La figura de la mujer cubierta con un manto de sol se inspira en Isaías 60, donde Jerusalén, la Hija de Sión, se canta esplendorosa de la gloria de Dios (Is 60, 1.19-20) y retoma también el Cantar de los Cantares 6, 10: «¿Quién es aquella que surge como la aurora, bella como la luna, espléndida como el sol...?». Las doce estrellas recuerdan «las doce tribus de los hijos de Israel» (Ap 21, 12). Por lo que la mujer contiene seguramente una referencia con el pueblo de Dios. Aún más, Isaías ha anunciado que Dios habría concedido a esta mujer el dar a luz un mundo nuevo (Is 66, 7). El mismo Jesús, según el cuarto evangelio, ha retomado esta imagen, anunciando a los discípulos, en el discurso de la última cena, su próxima partida: «Vosotros lloraréis y os entristeceréis, pero el mundo se alegrará; vosotros estaréis afligidos, pero vuestra aflicción se volverá en alegría. La mujer, cuando da a luz, está afligida porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz, ya no recuerda la aflicción, por la alegría que ha dado al mundo un hombre. También vosotros, *por lo tanto*, ahora estáis en la tristeza; pero os veré de nuevo y vuestro corazón se alegrará y nadie os podrá quitar vuestra alegría» (Jn 16, 20-22). He escrito “por lo tanto” en cursivo

para subrayar la unión que Jesús sostiene entre la aflicción y la alegría de la mujer, y la aflicción y la alegría de los discípulos. En el gran dolor de la cruz, el Hijo de Dios, asumiendo sobre si mismo toda la humanidad pecadora, ha cumplido una vez por todas el gran paso de la muerte a la vida; Cristo ha sido dado a la luz en el momento de la cruz, en donde él es recibido en el trono de Dios, victorioso por siempre sobre las fuerzas del mal. La mujer es el símbolo del pueblo de Dios que participa de la victoria de Cristo, asumiendo a su vez con valor, la lucha en contra del dragón. Ella se encuentra en el desierto de la prueba en donde permanecerá mil doscientos sesenta días, tres años y medio, la mitad de 7 años, por lo que es un tiempo limitado: las fuerzas del mal poseen un poder que, de cualquier modo, permanece siempre bajo el control de Dios. El mal terminará; el amor de Dios permanecerá por siempre. Es esta certidumbre la que da a la Iglesia confianza y valor en medio de una lucha en la que el mal parece victorioso.

- Esta interpretación eclesiológica del Apocalipsis 12 no excluye, sin embargo, aquélla mariológica; más bien, los resultados más fecundos provienen del conjugar ambas interpretaciones. Si de hecho la mujer representa a la iglesia y a cada uno de nosotros, representa también a María, la cual ha ciertamente vivido hasta el fondo la pasión de la fe. Las palabras y la vida de Cristo han sido para ella una espada que le ha atravesado el alma. María ha estado bajo la cruz, junto con otras mujeres y al discípulo amado, figuras de la comunidad que engendra una vida nueva a través de su fiel comunión con el Señor. En el ambiente joánico, María siempre es llamada “mujer” (Jn 2, 4; 19, 26) y alrededor de este símbolo se desarrolla la imagen del pueblo del Dios mesiánico, la imagen de la iglesia. La mujer que da a luz en el Apocalipsis es la comunidad mesiánica que en el evangelio de Juan está representada por la Madre de Jesús.

- María lleva en si misma a Jesús, el Mesías, la fuente de la vida. Una vida amenazada en continuación por el «enorme dragón rojo» el cual se pone delante de la mujer que está por dar a luz «para devorar al niño que ha nacido» (Ap 12, 3.4). La mujer es embellecida por los elementos más espléndidos de la creación: el sol como vestido, la luna como trono, las estrellas como corona. Es la figura del cosmos en su belleza e integridad; figura del cosmos renovado por el amor de Cristo. Así, la mujer vestida de sol, nos recuerda cómo la fe en Jesús debe alimentar en nosotros un profundo respeto por la vida, por toda realidad creada. Debe alimentar en nosotros la confianza y la esperanza que cada uno de nuestros gestos, aún el más pequeño, lleve a una mejora en la calidad de la vida, es un servicio dado a la humanidad, es la expresión de aquel desierto de paz que es don de Cristo y del Espíritu. Como lo recuerda el documento *Siervos del Magnificat*, esto «excluye ante cualquier criatura – hombre o mujer, animal o planta, tierra y agua... – cualquier forma de violencia o de contaminación, cualquier tipo de comportamiento arrogante o vulgar o banal. Debemos tender a que la ‘gentileza’ de nuestra Señora y su fuerza, inspiren nuestros ‘modos’ en la relación con la creación. No sin motivo pedimos al Señor que nos haga “profundamente respetuosos de la dignidad de toda criatura y fuertes para resistir a aquéllos que la ofenden” (*Liturgia de las Horas OSM*, memoria de santa María en sábado, III. “Santa María, la Mujer nueva”, Roma, CLI, 1978, p. 625)»^[31].

-

-

8. VOZ DE ALABANZA A DIOS

Palabra para la lectio : «Proclama mi alma la grandeza del Señor» (Lc 1, 46-55)

Regla de Vida RM 7: «A ella siempre se dirige con devoción y confianza filial. Con ella se hace voz de alabanza a Dios por todos los hombres».

Con santa María cada hermana del *Regnum Mariae* «se hace voz de alabanza a Dios por todos los hombres». Aquí es clara la alusión al Magnificat, el canto de alabanza

que la Virgen dirige a su Señor por el don sin medida que le ha hecho gratuitamente, Jesucristo, el verbo de Dios encarnado por el cual todas las cosas han sido creadas.

El nuevo canto de los Siervos

La alabanza y el canto hacen parte de la vida y de la oración de los Siervos, herederos de una tradición que en el canto han encontrado una de las más puras y simples expresiones de su fe y de su devoción. Pertenece a nuestro patrimonio más específico el «canto por excelencia de los Siervos»^[32], *Ave novella femina*^[33], el canto a la “mujer nueva”, regenerada por el misterio pascual y culmen del camino de perfección que envuelve a toda la historia. A ella los Siervos piden poder entonar también ellos la «nueva melodía», el canto nuevo que nace de un corazón donde vive el Señor. Otro canto antiguo, también éste exclusivo de los Siervos, *Ave, Virgo virginum*, ensalza a aquélla que es nuestra alegría y nuestra paz^[34]. Desde los orígenes, un momento importante en la oración cotidiana es el canto de la *Salve*. Así lo prescriben las *Constituciones antiguas*: «Y todas las noches la *Salve* se cante con gran devoción después de la tercera lectura de la *Vigilia de Nuestra Señora*, cuando ésta es cantada; si la *Vigilia* no es cantada, la *Salve Regina* se cante como conclusión de completas. Deben participar desde el inicio todos los frailes presentes en el convento, incluyendo los provinciales y otros oficiales, dejando a un lado cualquier otro compromiso; y a fin que los frailes no puedan tener excusas, se toque la campana»^[35]. De San Felipe Benicio la leyenda conocida como “perugina” ama poner en relieve su pasión por el canto, tanto de no preocuparse por cometer un evidente anacronismo considerándolo contemporáneo de otro gran cantor de Dios, Francisco de Asís, con el cual nuestro hermano «cantaba siempre las alabanzas del Señor»^[36]. En el mismo nombre de Felipe se encuentra impreso este amor por el canto. De hecho, cuenta la leyenda, «Felipe viene de *philos* que significa canto ... Él ... fue ante Dios el canto de la oración ferviente, ya que cantando el salterio todos los días, hizo oír su canto de alabanza a los oídos de Él. A la majestad de toda la Trinidad elevó su canto con el ejemplo de la buena fama y floreció con la prueba de su vida [...]. Siempre el hombre de Dios en perfecta obediencia, orando y cantando el salterio, estaba ahora en su celda, ahora en el huerto, ahora en la iglesia [...]. Normalmente comenzaba la salmodia de los profetas desde completas y toda la noche la recitaba en voz baja y de día, en cambio, la cantaba en voz alta»^[37]. Y a su muerte «millones y millones de golondrinas, más blancas que la nieve, ... se posaron sobre la iglesia y cantaban con los frailes las alabanzas del Señor»^[38].

Santa María nos ayude también a nosotros a continuar su canto como alabanza al Señor por sus grandes dones y juntos como fuente de alegría, de serenidad y de paz no obstante la pobreza y las tribulaciones cotidianas.

Proclama mi alma la grandeza del Señor

Después del mensaje del ángel, que anuncia la grandeza de Aquél que nacerá (Lc 1, 32-33.35), la respuesta obediente de María que dona toda su persona a la voluntad de Dios (Lc 1,38) y la visita a Isabel que exalta la fe de la “madre del Señor” (Lc 1, 44-45), el canto del Magníficat (Lc 1, 46-55) irrumpe como expresión de un corazón sorprendido ante las maravillas de Dios y lleno de gratitud por un amor que basta por si solo para llenar la vida y darle el sentido profundo. El canto de la Virgen es también nuestro canto cuando tomamos conciencia de las grandes gracias recibidas: la vida, la fe, el conocimiento de la misericordia de Dios.

El texto del Magníficat está dividido en diez versículos, que sin embargo no consideran el ritmo del mismo texto. Por esto las ediciones modernas lo dividen en

dieciocho pequeñas líneas que forman, a parte los versículos 50 y 55, una propuesta completa en si misma.

El canto se abre con la expresión de los sentimientos de María:

⁴⁶ Proclama mi alma la grandeza del Señor

⁴⁷ y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador (Lc 1, 46-47).

En esta exaltación, que la llena totalmente, María nos enseña tantas cosas sobre la fe. He pensado en recoger algunas de un comentario famoso, el de Lutero^[39]. En la introducción Lutero expresa claramente lo que forma el núcleo central del Magnificat:

“Para comprender este himno sagrado de alabanza en su estructura, es necesario observar que la Virgen María habla de su experiencia, en la cual fue iluminada e inducida por el Espíritu Santo. De hecho, nadie puede comprender bien a Dios o su Palabra, si no mediante el Espíritu Santo; nadie, sin embargo, puede obtener tanto del Espíritu Santo, si no lo experimenta, lo prueba y lo siente. En esta experiencia el Espíritu Santo enseña cómo en su propia escuela; fuera de ésta nada se enseña fuera de las charlatanerías o palabras suntuosas. Igualmente es para la Virgen María. Después de haber experimentado personalmente que Dios trabaja en ella grandes cosas, aunque ella fuera pequeña, insignificante, pobre y despreciada, el Espíritu Santo le comunica esta profunda verdad, es decir, que Dios es un Señor tal que no hace otra cosa que elevar lo que es bajo, bajar lo que es alto, romper lo que está intacto y crear en lo que está roto.”^[40]

La fe de María, y la nuestra, es ante todo, por lo tanto, experiencia de Dios

“Este versículo [v. 46] proviene de una pasión y de una alegría sin medida [...]. Por eso no dice: «Yo proclamo la grandeza del Señor», si no «*mi alma proclama*», como si quisiera decir: mi vida con todos mis pensamientos se libera en el amor y en la alabanza de Dios y en las alegrías profundas, así que yo, ya no dueña de mi misma, soy ensalzada más de lo que yo me levante para alabar a Dios. Lo mismo sucede a todos aquellos que son inundados de la dulzura y del espíritu divino, así que sienten más de lo que pueden expresar. [...] dice David en el *Salmo 34, 9* «Gustad y ved cuánto es bueno el Señor. Bienaventurado el hombre que en él se refugia». En primer lugar David pone el «gustar» precisamente porque esto no es posible imaginarlo sin la experiencia directa y personal”^[41].

La fe es también una entrega total a Dios.

“María no dice: «Proclama mi alma la grandeza – en si misma», o bien «me considera tanto»; ella no expresaba mínimamente nada sobre si misma, sino que glorificaba exclusivamente a Dios, a quien le atribuye todo. Se despoja de todo y ofrece todo a Dios, del cual ha recibido. [...] ha dejado a Dios la propiedad de sus beneficios. Ella no fue otra cosa que un alegre elogio y una dócil hostelera del Huésped divino. [...] En la dignidad de Madre de Dios se ve ensalzada sobre todos los hombres y mientras tanto permanece sencilla y tranquila y no considera a una modesta sierva por debajo de ella. ¡Oh, nosotros pobres hombres! Cuando poseemos algún bien, autoridad u honor, cuando somos más bellos que los demás, ahora ya no somos capaces de compararnos con uno más insignificante, y tenemos pretensiones sin medida; ¿qué haríamos en el caso que tuviéramos bienes más grandes? Por esto Dios nos deja pobres e infelices, contaminando nosotros sus suaves dones. Somos capaces de considerarnos tales y cuales antes de recibir sus dones, pero al mismo tiempo dejamos crecer o disminuir también nuestra presunción, según si los bienes vienen o se van. En cambio, este corazón de María permanece siempre el mismo en todo instante: deja a Dios operar en ella según su voluntad, y obtiene de esto para si misma sólo consolación, alegría y confianza en Dios. Así deberíamos hacer también nosotros, ¡ahora sí cantaríamos bien el Magnificat!”^[42]

La fe es la expresión de la gratuidad absoluta. Para Lutero son falsos aquellos predicadores que

“Enseñan a cumplir obras buenas y a conducir un buen camino, no únicamente por amor a la bondad divina, sino por amor propio que regresa a ellos. Si de hecho no existieran el paraíso y el infierno, y no pudieran esperar ningún beneficio de la bondad divina, entonces renunciarían a su bondad, no la amarían ni alabarían. [...] Desgraciadamente todo el mundo, todos los conventos y todas las iglesias, abundan de gente que vive y actúa en esta convicción falsa y distorsionada. [...] De hecho [...], como Dios por pura bondad nos hace bienaventurados sin algún mérito de obras, así también nosotros deberíamos cumplir obras buenas por amor de la pura bondad de Dios, sin buscar recompensa o beneficio alguno, y no desear más que su complacimento”^[43].

Ha visto la humildad de su sierva

Los versículos 48-50 están formados por dos propuestas causales, que inician con un “porque”:

⁴⁸ Porque ha mirado la humillación de su esclava:
ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

⁴⁹ Porque ha hecho grandes obras por mí el todopoderoso:
y santo es su nombre

⁵⁰ Y su misericordia llega de generación en generación a los que lo temen

Se nota fácilmente que las dos propuestas causales son simétricas y complementarias, componen juntas un paralelismo que pone en antítesis la humilde condición de la sierva del Señor y el Poderoso que ha hecho obras grandes. Precisamente porque es humilde, Dios ha hecho obras grandes en María.

En el término griego *tapeinosis*, que en español se vuelve “humildad”, Lutero ve condensada toda su “teología de la cruz”, formulación sobre la cual, San Agustín ha tenido una gran influencia. La humildad de María es la misma humildad de Jesús, que se ha hecho el último de los hombres para salvar a todos los hombres. En un comentario a Mt 11, 29 – que ya conocemos porque fue considerado por el autor de la *Legenda de Origine*, Agustín afirma:

«Tomad de mí mi yugo y aprended de mí; no a fabricar el mundo, no a crear todas las cosas visibles e invisibles, no a cumplir milagros en el mundo y a resucitar a los muertos, sino el hecho que soy manso y humilde de corazón. ¿Quieres ser grande? Comienza desde abajo. Si piensas construir el alto edificio de la santidad, primero prepara el cimiento de la humildad. Mientras más grande es la masa del edificio que uno desea y proyecta construir, mientras más alto será el edificio, más profundos deberán ser los cimientos. Mientras el edificio se construye, se levanta hacia el cielo, pero el que excava los cimientos baja en la parte más baja. Por lo que una construcción antes de levantarse, se baja y la coronación no se logra sino sólo después de descender»^[44]

La exégesis agustiniana acoge bien el mensaje de todo el capítulo 11 de Mateo, que se inicia con la pregunta de Juan Bautista: «¿Eres tú quien debe venir o tenemos que esperar a alguien más?» (11, 3). La respuesta de Jesús delinea claramente la identidad de un Mesías cuya venida ha superado toda expectativa: «Los ciegos recuperan la vista, los cojos caminan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres les es dada la buena noticia, y bienaventurado quien no se escandaliza de mí» (11, 5-6). Jesús es el Mesías pobre y humilde, según la profecía de Zacarías 9, 9, citada en Mt

21, 5: «Decid a la Hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, manso, sentado sobre un asno». Es el siervo que no contiene y no grita, no rompe la caña y no apaga la mecha encendida (cfr. Is 42, 1-4, citado por Mt 12, 18-23); cura, no con milagros exorbitantes sino cargando sobre sí nuestras enfermedades, adjudicándose nuestras enfermedades (cfr. Mt 8, 17). Jesús es el “más pequeño en el reino de los cielos” (Mt 11, 11), que salva no con gestos de poder, sino haciéndose amigo de los publicanos y de los pecadores, y revelando en esta manera la sabiduría misteriosa de Dios (Mt 11, 19).

El comentario al Magníficat (ciertamente no sólo éste) da a Lutero la oportunidad para precisar su concepto de *humiltas*. Podemos decir que el comentario es como un pequeño tratado sobre la humildad. Ya en el comentario a la carta a los romanos (1515-1516) Lutero había relacionado la fe y la humildad: la única y verdadera relación posible con Dios nace de renegar las posibilidades naturales del hombre. Ante Dios, el hombre se reconoce perdido, esclavo, pobre, enfermo, humillado, vacío, deforme. Sólo así, Dios lo busca, lo libera, lo enriquece, lo cura, lo exalta, lo llena, lo edifica. Lutero llega a formular este tipo de principio filosófico: «ninguna forma nueva puede asumir una consistencia si antes no se priva de la anterior». En esta “humildad”, como conciencia de vacío, bajeza, etc., el hombre acoge su realidad más profunda.

El sentido que Lutero da a *humiltas* surge ya de la traducción que él da en alemán: no humildad, sino *nulidad* (*nichtickeit*). María no exalta ni su dignidad ni su indignidad, sino únicamente la consideración que Dios ha tenido por ella, criatura pobre, llena de su gracia. «En el uso de la Escritura – nota Lutero – *humillar* significa bajar (*nydrigen*) y aniquilar (*zu nicho machen*)». La confirmación viene del Sal 115, 10: *Credidi, propter quod locutus sum; / Ego autem humiliatus sum nimis*; es decir, «Yo estaba casi aniquilado y anulado». Por lo que concluye: «*humiltas* no significa otra cosa que una despreciable, mezquina y baja condición, como la de los pobres, de los enfermos, de los prisioneros, de los hambrientos, de los que sufren y de los moribundos». La Biblia confirma que humilde no es quien tiende a conquistar la virtud de la humildad y se presenta tan humilde ante Dios, sino quien se reconoce en su propia condición baja y mezquina. «Éste es también el pensamiento de María: Dios me ha visto, su pobre sierva, mezquina y despreciada, pudiendo dirigir su mirada a las ricas reinas, nobles y poderosas, hijas de príncipes y de grandes señores». María es la expresión concreta de la carencia de cualquier relación entre virtud de humildad y la *humiltas* del texto sagrado. Ésta es la concepción paulina: la *humiltas* es llamada *tapeinophrosyne*, es decir, «una voluntad y un sentido de las cosas miserables y despreciables». Más aún en el comentario al Magníficat: «no son humildes cuantos buscan presentarse como virtuosos de la humildad, sino cuantos son efectivamente, ante el mundo, mezquinos y una nulidad absoluta [...] cuantos con gusto aceptan ser humillados y aniquilados, y nunca tratan de ascender [...] (cuántos no se limitan) a ser, pero de buena gana aceptan estar en una condición miserable y despreciable, por amor de la Palabra de Dios». Por lo que en última instancia, el acento no cae sobre la palabra «*humilitatem*», sino sobre la palabra «*respexit*» [ha visto]. No es objeto de alabanza su nulidad, sino su consideración divina; exactamente como cuando un príncipe extiende la mano a un pobre mendicante, no es para alabar la nulidad del mendicante, sino la gracia y la bondad del príncipe^[45].

Talvez la visión luterana del hombre es demasiado pesimista; el acento dado a la nulidad puede hacernos no estar totalmente de acuerdo. Lo que nos interesa resaltar es que la humildad de María no es una virtud humana, es un don de Dios; es conciencia de que todo nos es dado por Él; por lo que es abrirse al agradecimiento y a la alegría.

Las grandes cosas de Dios

«Obras grandes ha hecho por mí el Todopoderoso». Esta seguridad de María es también la nuestra. También nosotros tenemos que creer que Dios puede realizar en la vida de cada uno grandes cosas.

“Debes tener presente la voluntad de Dios en relación a ti, sin dudas ni perplejidades y creer firmemente que Él querrá hacer también en ti grandes cosas. Esta fe es un fuego, entra en el hombre y lo transforma radicalmente. Ésta te obliga a temer cuando estás en lo alto, y a confiar, cuando estás en lo bajo, y más estás en alto, más debes temer, y cuanto más eres humillado, más puedes consolarte [...] Esta fe lo puede todo, como dice el Señor (Mc 9, 23), ésta es la única fe que tiene consistencia y es ésta que, experimentando la acción divina, llega al amor de Dios, a alabarlo y a exaltarlo, por lo que el hombre proclama la grandeza de Dios y lo glorifica”^[46].

También Dios hace grandes cosas en mí, si acojo humildemente el don que Él ha puesto en mí y arde en mí el deseo de ofrecerle la vida entera. María canta las maravillas que Dios ha hecho en ella. De esta manera ella nos enseña dos cosas: la primera, que cada uno debe poner atención a lo que Dios hace en él, más que a todas las obras que él cumple con los demás. De hecho, la bienaventuranza, no consistirá en lo que Dios ha hecho en otros, sino en lo que ha hecho en ti. Cristo respondió en este sentido a san Pedro cuando preguntó de san Juan (Jn 21, 21ss.): «¿Qué será de él?» - «¿Qué te importa? Tú sígueme», como si quisiera decir: las obras de Juan no te ayudarán, tú mismo debes esforzarte y esperar lo que querré hacer contigo. Ciertamente, hoy se hace en todas partes, un grandísimo abuso de obras buenas hasta el punto que se venden y se distribuyen. Con esto, algunos espíritus presuntuosos quieren ayudar a otras personas, particularmente a aquellos que viven o mueren sin cumplir obras buenas, como si ellos mismos poseyeran demasiadas. Por otra parte, san Pablo dice bastante claramente (1 Cor 3, 8): «Cada quien recibirá su recompensa según el propio trabajo», por lo que indudablemente, no según el trabajo de los demás. Se podría dejar a un lado si éstos rezaran por los demás o si intercedieran por ellos, ofreciendo a Dios sus obras. Pero como se comportan como si distribuyeran dones, esta forma es verdaderamente vergonzosa. Y lo que es aún más detestable, es el hecho que dispensen sus obras si bien ellos mismos no sepan en qué relación están con Dios. De hecho, Dios no ve a las obras, sino al corazón y a la fe mediante la cual también él trabaja en nosotros. [...] Cuida que Dios también cumpla en ti su obra y coloca tu bienaventuranza únicamente en las obras que Dios cumplirá sólo en ti y en ninguna otra persona, siguiendo el ejemplo de la Virgen María. Si después quieres recibir ayuda de la intercesión de los demás, esto es cosa buena y justa: todos debemos orar y trabajar los unos por los otros. Pero nadie debe confiar en las obras de los demás sin cumplir las propias, sino con el compromiso de toda su persona, cada uno dirija la atención a sí mismo y a Dios como si en el cielo y en la tierra no existieran otros mas que él y Dios, y como si Dios no tuviera nada que hacer que ocuparse de él; después podrá también ver las obras de los demás.

Una segunda enseñanza nos da María. Cada uno debe ser el primero en querer alabar a Dios y a manifestar las obras que ha hecho en él, y después debe alabar a Dios también en las obras que ha hecho en los demás.

Así leemos en los Hechos de los Apóstoles 15, 12 que Pablo y Barnabás anunciaron a los apóstoles las obras que Dios había cumplido por medio de ellos, y los apóstoles, a su vez, las que habían hecho ellos. Igualmente lo hicieron, según Lucas 24, 34 ss., después de la resurrección de Cristo en relación a su aparición. Entonces comenzó una sublime alegría y alabanza a Dios, porque cada uno celebraba la gracia recibida del otro, pero sobre

todo la que él mismo había recibido, aunque si fuera menor, porque ellos no anhelaban ser los primeros en bienes, sino en la alabanza y en el amor de Dios. De hecho, ellos estaban satisfechos de Dios y solamente de su bondad, aunque si el don era pequeño, porque su corazón era sencillo. Los egoístas y los interesados, en cambio, ven hacia otras partes cuando se dan cuenta que no son los más privilegiados en los bienes; murmuran en lugar de alabar, cuando son considerados iguales a los demás, como los del evangelio de Mateo 20, 11 ss., que murmuraban en contra del dueño de la casa, no porque los hubiera traicionado, sino porque los había comparado con los demás en la recompensa. Actualmente, así hay muchos que no alaban a la divina bondad, porque ven el no haber recibido cuanto san Pedro u otro santo, o como este o tal mortal^[47].

Estas «grandes cosas», que Dios hace en cada uno de nosotros, no deben compararse con las que Dios cumple en los demás, porque de cualquier manera, éstas son la expresión de la misericordia de Dios hacia nosotros, como se precisa en el versículo 50: «su misericordia se extiende de generación en generación a los fieles que lo temen». La misericordia se retoma en los últimos dos versículos:

⁵⁴ Ha ayudado a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia,
⁵⁵ como lo había prometido a nuestros padres,
en favor de Abraham y su descendencia,
por siempre.

Los dos versículos conclusivos, que llevan el canto al nivel de la relación entre Dios e Israel, ven su misericordia, como ya en el versículo 50, en la perspectiva de una duración sin límites. A partir de su misericordia, de hecho, que se extiende *de generación en generación*, Dios se acuerda *por siempre*. Todo pasa; la misericordia divina permanece en eterno. Así la conclusión del canto nos lleva al mismo corazón del evangelio, de la buena nueva: Dios es siempre y solamente misericordia. Israel – todos nosotros – es su siervo, no porque cumple particulares servicios, sino porque reconoce que todo es gracia pura. Escuchemos nuevamente a Lutero:

Por esto María dice: «Acordándose de su misericordia». Y no dice: «Acordándose de nuestros méritos o de nuestra dignidad». Nosotros necesitábamos, pero éramos del todo indignos. Esto constituye su alabanza y su honor ante el cual debe enmudecer nuestro orgullo y nuestra presunción. Nada tenía que considerar para conmovirse, sino su misericordia, y ha querido que su nombre («misericordioso») fuera conocido. Pero, ¿por qué María dice que Él se ha acordado de su misericordia, en lugar de decir que la ha considerado? Porque lo había prometido, como lo dirá el versículo siguiente. Él la había hecho esperar por un largo tiempo, por lo que parecía que se hubiera olvidado, como todas sus obras son retrasadas, casi como si se olvidara de nosotros. Pero cuando vino con el Cristo, entonces se reconoció que no se había olvidado, sino que había incansablemente pensado en cumplir^[48].

Agradecimiento

El Señor Jesús es el don más grande que Dios ha dado a María; por esto ella canta y nos invita también a nosotros a cantar por este don que nunca se nos negará y con el cual hemos recibido todo lo que podíamos esperar y desear, como dice san Pablo: Dios «que no ha negado a su propio Hijo, sino que lo ha dado por todos, ¿cómo es que no nos

daría junto con él todo?» (Rm 8, 31-32). Si en Cristo, Dios nos ha dado verdaderamente todo, entonces de nuestro corazón no puede salir otra cosa que no sea un inmenso agradecimiento. Más de una vez la *Regla de Vida* nos llama a esta actitud espiritual. El artículo 16 dirige esta invitación: «Sé agradecida por lo que constantemente recibes de Dios y de los hermanos, feliz por los dones que poseen los demás ... Confiando en el poder del Señor que en el humilde cumple grandes cosas, alábalo continuamente». Resuena nuevamente, por segunda vez, el canto de María. El humilde, en quien Dios cumple grandes cosas, es aquél que acoge la vida con agradecimiento, dando gracias por los dones no sólo personales, pequeños o grandes que sean, sino también por los dones que ve en los demás y de los cuales goza como si fueran propios, sin ninguna envidia o celos.

La *Regla de Vida* une siempre don de Dios y alegría, como en los artículos 8 («Acoge con agradecimiento y alegría el don de la castidad»), 53 («Considera la amistad como don de Dios. La recibirás con alegría...»), 60 («Participa a los encuentros comunitarios que te ayudarán para crecer en el conocimiento y en la alegría del don recibido...»). Todo en la vida debe volverse un agradecimiento alegre a Aquél que se ha dado por nosotros sin reservas: «Cumple todo en el nombre del Señor Jesús. Por la participación a su sacerdocio, tu vida se vuelve oración y alabanza al Padre» (art. 29).

Ciertamente tal unión entre don de Dios y alegría-agradecimiento es uno de los aspectos más hermosos de la *Regla de Vida*. Descubrir que la vida es un don es el camino seguro para gozar plenamente de la alegría que no se empaña por la pretensión de querer todo para sí mismo o por la tristeza que nos agobia cuando no estamos contentos con lo que tenemos o envidiamos lo que los otros tienen. Dios nos ha dado a su Hijo, su Palabra, su vida. El canto de María nos revela que sólo una vida caracterizada por la lógica del don y por lo tanto del agradecimiento alegre, se vuelve camino de salvación para nosotros y para los demás. San Pablo exhorta: «¡Volveos agradecidos!» (Col 3, 15), es decir, canten como María su Magnificat. El apóstol no piensa aquí a la oración de la acción de gracias, sino más bien, como ha sido subrayado por un exegeta, «el comportamiento con el que se reconocen los beneficios recibidos y al benefactor: más que actuar, se trata de una manera de ser, o mejor dicho, de relacionarse con Dios y con los demás»^[49]. Este es un comportamiento fundamental en la vida cristiana, pero también diría de una vida simple y auténticamente humana. San Pablo regresa a este punto más de una vez: «daréis constantemente gracias a Dios Padre por todo, en el nombre del nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5, 20); «no os angustiéis por nada, sino que ante cada necesidad, exponed a Dios vuestras peticiones, con oraciones, súplicas y agradecimientos» (Fil 4, 6); «estad siempre alegres, orad incesantemente, en todo dad gracias; ésta es de hecho la voluntad de Dios en Cristo Jesús hacia vosotros» (Tes 5, 16-18). Es decir: es más importante el recibir que el hacer, más importante es el don de lo que logro prestar. Es verdad que san Pablo, retomando una palabra de Jesús que no se encuentra en los evangelios, afirma: «Hay más alegría en el dar que en el recibir» (Hch 20, 35). Pero en este dar no existe ninguna presunción orgullosa; más bien, esto nace de la conciencia de ser pobres y del deseo de compartir con los pobres lo que se posee, reconociendo que la fuente del don sólo es el Señor. En este reconocimiento, nuestra existencia se vuelve una existencia «agradecida» y pacífica, y no es ciertamente una casualidad, que la fuente y el culmen de nuestra vida cristiana sea la eucaristía, es decir el agradecimiento por el inmenso don que es Jesús, don que de nuestra parte, no puede ser en algún modo compensado. Por lo que no nos queda que agradecer incesantemente y humildemente al Señor. Ayudar a entender que la belleza de la vida se descubre bajo el signo del don, es sin duda un compromiso de gran importancia para quien ha elegido consagrarse al evangelio, permaneciendo en el propio ambiente y en las actividades comunes a todos los hombres.

^[49] 210° Capítulo General de la Orden de los Siervos de María, *Siervos del Magnificat. El cántico de la Virgen y la vida consagrada*, Servitium, Bérghamo BG 1996, p. 84-90.

[2] En el Antiguo Testamento el único ejemplo claro – al menos así parece – de elección del celibato es el caso de Jeremías, que por orden de Dios renuncia al matrimonio, para personificar en su vida el destino doloroso y trágico del pueblo de Israel (Jr 16, 1-4). También la existencia de los profetas Elías y Eliseo aparecen con un cierto estilo de celibato. Lo mismo puede decirse de Juan Bautista.

[3] Para comprender el sentido de la expresión según la Escritura, se recomienda confrontar el libro de los Jueces 11, 38-39 (La hija de Jefté, antes de ser sacrificada, pide al padre la gracia de vagar durante dos meses por las montañas y llorar su virginidad; de hecho ella “no había conocido varón”). Y todavía en el mismo libro (21, 12): a Yabés de Galaad que eran cuatrocientas jóvenes vírgenes “que no habían conocido varón”.

[4] A esta misma relación íntima y personal con Cristo se refiere San Pablo cuando se propone a sí mismo como modelo. Él no pone delante su persona o sus cualidades, sino su modo de caminar hacia Jesús. Él está conciente de su imperfección y pequeñez, sin embargo, nos invita a imitar su tensión hacia Jesús, por el cual ha quedado totalmente conquistado: «Pero lo que era para mí una ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo [...] No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Fil 3, 7.12). Por eso hermanos «sed imitadores míos» (Fil 3, 17). Este es su intenso deseo, aún en la debilidad, que los hermanos lo imiten. Y aún más: «Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo, en medio de muchas tribulaciones. De esta manera os habéis convertido en modelo para todos los creyentes...» (1 Tes 1, 6-7).

[5] LO 11: *Fuentes Histórico-espirituales de los Siervos de Santa María*, I, Servitium, Sotto il Monte, BG, 1998, p. 203-204.

[6] LO 18: *Ibidem*, p. 211-212.

[7] Puede ser interesante notar la distinción, en el Evangelio de Juan, entre el “*permanecer junto*” y “*permanecer en*”. Aquí Andrés y su compañero permanecieron “*junto*” a Jesús, como también Jesús, durante su vida terrena, estaba “*junto*” a los discípulos («Os he dicho estas cosas estando entre vosotros» Jn 14, 25). El permanecer “*en*” Jesús parecería indicar una progresión, una maduración de la relación entre Jesús y los discípulos. Esto aparece bastante claro en Jn 14, 17, donde se dice, en referencia al Espíritu, que «El mora con vosotros y en vosotros está». El Espíritu está ya presente y nos asiste y guía; pero nuestra transformación plena vendrá cuando Él esté en nosotros.

[8] Confrontar también Gen 14, 20 (Abraham da a Melquisedec «la décima de todo»); Lv 27, 30 («cada décima de la tierra [...] pertenece al Señor»). El diez puede ser asociado también a poderes hostiles, como en Dn 7, 7-24, donde los diez cuernos indican la totalidad del mal.

[9] Comentario al Evangelio de Juan, 7, 10: *Obras de San Agustín XXIV/1*, Città Nuova, Roma 1968, p. 167.

[10] Sigo sobre este punto una interpretación propuesta por J. P. Meier, *Un hebreo marginal.. Repensar en el Jesús histórico*, 2. *Mentor, mensaje y milagros*, Queriniana, Brescia 2002, p. 1157-1191.

[11] “Regno Documenti” 3, 1998, p. 118.

[12] *Siervos del Magnificat. El cántico de la Virgen y la vida consagrada*, p. 78.

[13] Juan Pablo II, *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), 17.

[14] Cinco veces se habla del corazón del animal, una vez, en referencia exclusiva al animal mismo, (Job 41, 16), y cuatro en confrontación con el corazón del hombre (2 Sam 17, 10; Os 7, 11; Dn 4, 13; 5, 21). 26 veces se habla del “corazón” de Dios, y una decena de veces son recurrentes expresiones del tipo: “corazón del mar”, “corazón del cielo”, “corazón del árbol”.

[15] H. W. Wolff, *Antropología del Antiguo Testamento*, Queriniana, Brescia 1975, p. 59.

[16] *Ibidem* p. 60

[17] Confrontar Jer 23, 9; 18, 8. La Palabra de Dios pone a dura prueba el corazón del profeta, cuya vida está totalmente aferrada a Dios.

[18] N. Valentini, *Belleza escondida del corazón*, “Reino actualidad”, 15 enero 2004, p. 58. Envío a este importante “estudio del mes” que tiene como objeto la *theologia cordis* (“teología del corazón”) del Oriente cristiano, pero contiene también tantos puntos de reflexión provenientes de la Escritura y de autores occidentales (Agustín, Pascal ...).

[19] Cfr. Pr 2, 2; 18, 15; 22, 17; 23, 12; Dt 29, 3; Is 32, 3s; 42, 18-25; Jr 11, 8; Ez 3, 10; 40, 4; 44, 5.

[20] Cfr. Dt 6, 6; Pr 3, 3; 6, 21; 7, 3; Jr 17, 1; 31, 33.

[21] También Lucas, con el mismo término, indica los tormentos del infierno: Lc 16, 24-25

[22] Grupo de Dombes, *María en el designio de Dios y en la comunión de los santos*, n. 179-182: “Regno-documento”, 3 febrero 1998, pag. 118.

[23] A. Serra, “Una espada atravesará tu vida” (Lc 2, 35). *¿Cuál espada? Biblia y tradición hebreo-cristiana en confrontación*, Marianum-Servitium, Bajo il Monte BG 2003.

[24] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de María I*, p. 270.

[25] Puede ser útil la lectura del número 5/2004 de la revista “Concilium” dedicado a la reflexión sobre *Otro mundo es posible*.

[26] *La unidad de la Iglesia, es decir, el principio del catolicismo en el espíritu de los Padres de la Iglesia de los primeros tres siglos*, Città Nuova, Roma 1969, p. 70.

[27] 210° Capítulo General de la Orden de los Siervos de María, *Siervos del Magnificat. El cántico de la Virgen y la vida consagrada*, Servitium, Curia general OSM, Roma 1996, p. 158-159).

[28] G. VANNUCCI, *Los Siervos y la Virgen Madre*, “Servitium” 26/27, 1983, p. 95.

[29] *Ibidem*, p. 96.

[30] C. MILITELLO, *María con ojos de mujer*, Piemme, Casale Monferrato 1999, p. 275-276.

[31] *Siervos del Magnificat*, p. 190-191.

[32] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 166.

[33] Coral G, S. María de los Siervos, Siena. Ver la traducción en *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 170-173.

[34] Coral G de S. María de los Siervos en Siena. *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 169-170.

[35] *Ibidem*, p. 110.

[36] *Ibidem*, p. 292.

[37] *Fuentes histórico-espirituales de los Siervos de santa María*, I, p. 290, 295-296.

[38] *Ibidem*, p. 309.

[39] *Comentario al Magnificat*, Centro de Estudios ecuménicos Juan XXIII, Sotto il Monte BG 1967. "Servitium" ha realizado una nueva edición.

El comentario fue escrito por Lutero en 1520: un período difícil que va del 15 de junio de 1520, publicación de la bula *Exurge Domine*, con la condenación de 41 propuestas y la amenaza de la excomunión, a la excomunión de enero de 1521, seguida por la misa al bando del imperio con el edicto de Worms en mayo. El comentario está dedicado al joven duque Juan-Federico de Sajonia que, como su tío el elector Federico el Sabio, protege a Lutero. Esto explica por qué el comentario en ciertas partes se vuelve una especie de manual para príncipes, con la explicación de los deberes y las responsabilidades de un príncipe cristiano. En la dedicatoria al duque, Lutero escribe: «En toda la Escritura yo no sabría si hay algo en lo que podría servir mejor que este canto de la bendita Madre de Dios, que todos aquellos que quieren gobernar bien y ser príncipes para la salvación del pueblo deberían aprender y considerar» (p. 12-13).

[40] *Ibidem*, p. 17.

[41] *Ibidem*, p. 25.

[42] *Ibidem*, p. 32-33.

[43] *Ibidem*, p. 37-38.

[44] *Discurso 69, 2: Obras de san Agustín*, XXX/1, Città Nuova, Roma 1982, p. 383.

[45] *Ibidem*, p. 41.

[46] *Ibidem*, p. 30.

[47] Cfr. *Comentario al Magnificat*, p. 45-47.

[48] Cfr. *Comentario al Magnificat*, p. 91-92.

[49] J. N. ALETTI, *San Pablo. Carta a los Colosenses*, Gabalda, París 1993, p. 241.